

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

ROMANCES DE RÍO SECO de LEOPOLDO LUGONES

Selección de Justo S. Alarcón



Editora Rosario Ramos
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

ÍNDICE

BIOGRAFÍA.....	3
LA CABEZA DE RAMIREZ.....	6
LA PRESA.....	15
HISTORIA DE LA DELFINA.....	20
EL REO.....	25
LA CRIA.....	31
EL OBISPO.....	40
LA YEGUA BRUJA.....	39
EL REGALO.....	62
EL MALEVO.....	75
EL RESCATE.....	86
LAS CARRERAS.....	102
LOS TAHÚRES.....	108
LA VIUDA.....	120
LA ENTREGA.....	126
LA VISITA.....	136
EL SEÑOR DE RENCA.....	148
EL CACIQUE ZARCO.....	157
EL TIGRE CAPIANGO.....	168

BIOGRAFÍA



LUGONES, LEOPOLDO (1874-1934)

Poeta, ensayista y narrador argentino, nacido en Córdoba en 1874, y muerto en Tigre (cerca de Buenos Aires) el 18 de febrero de 1938. Su constante oscilación entre los extremos opuestos en cualquier ámbito de la vida (el político, el cultural, el literario, etc.) quedaron plasmados en la riqueza y variedad de su obra poética, considerada como una de las que más influyeron en las generaciones de poetas hispanoparlantes posteriores y, sin duda, una de las cotas cimeras del modernismo universal.

En su actividad profesional, Leopoldo Lugones desempeñó diferentes cargos como inspector de enseñanza normal y secundaria en su país natal, donde también se hizo cargo durante algún tiempo de la dirección del prestigioso suplemento literario del diario *La Nación*, de Buenos Aires. Además, trabajó algunos años como bibliotecario del Consejo de Educación.

En su faceta política, se inició como un firme partidario de la ideología socialista, cuya introducción en Argentina se debe, en parte, a sus primeras soflamas políticas. Sin embargo, poco a poco fue retrocediendo hacia posturas más conservadoras: tras un breve período de adscripción al pensamiento liberal, se inclinó decididamente hacia la derecha y acabó

convertido en uno de los principales valedores del fascismo argentino, sobre todo a partir de 1924, fecha en la que proclamó que había llegado "*la hora de la espada*". Seis años después, ya consagrado como una de las cabezas pensantes del movimiento reaccionario austral, colaboró activamente con el golpe de estado militar del general José Félix Uriburu (6 de septiembre de 1930).

Como poeta, Leopoldo Lugones irrumpió en el panorama literario argentino con el poemario *Los mundos* (1893), que pasó prácticamente inadvertido. Sin embargo, cuatro años después sorprendió gratamente a críticos y lectores con una segunda entrega lírica titulada *Las montañas de oro* (1897), una combinación de versos (tanto libres como sujetos a la métrica tradicional) y prosas poéticas que enseguida fue catalogada como uno de los mejores poemarios de las Letras argentinas de finales del siglo XIX. Posteriormente, mantuvo y aun acrecentó este nivel con dos nuevas entregas que constituyen la culminación de su producción poética: *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909). En ambos libros se respira una atmósfera refinada y decadente, plena de languidez y elegancia modernistas, dentro de una corriente estética claramente influida por la creación de Rubén Darío. En efecto, al igual que hiciera el gran vate nicaragüense, Leopoldo Lugones también viajó por Europa y residió durante un tiempo en París, donde se impregnó de las modas literarias del momento, marcadas por el legado de los poetas parnasianos y simbolistas.

Sin embargo, y a pesar de haberse convertido en una de las más destacadas figuras del modernismo universal con los tres últimos títulos citados, a partir de 1910 Leopoldo Lugones cambió de registro poético para centrarse en una exaltación de su tierra y sus gentes, que, inspirada en la poesía de Virgilio, vio la luz bajo el título de *Odas seculares* (1910). Posteriormente, los asuntos cotidianos, vistos al trasluz de una rutina íntima, se convirtieron en el objeto de su siguiente entrega poética, titulada *El libro fiel* (1912), obra a la que siguieron otros poemarios como *El libro de los paisajes* (1917), *Las horas doradas* (1922) y *Romancero* (1924). Al final de su trayectoria poética, Lugones se decantó por el cultivo de una poesía narrativa, plasmada en sus dos últimos libros: *Poemas solariegos* (1927) y *Romances del Río Seco* (que vio la luz, póstumamente, en 1938). En general, la poesía de Leopoldo Lugones está considerada como el mayor exponente del culteranismo literario de su época, lo que en parte explica el recelo con que fue vista su obra por parte de los escritores argentinos del grupo martinferrista.

En su faceta de narrador, Lugones sobresalió principalmente por sus relatos, recogidos en los títulos siguientes: *Las fuerzas extrañas* (1906), *La torre de Casandra* (1919), *Cuentos fatales* (1924) y *La patria fuerte* (1933). En muchas de estas narraciones breves, Lugones ensayó diferentes acercamientos fantásticos que pueden considerarse precursores de los mejores relatos de algunos de los más grandes cultivadores de este difícil género, como Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges (uno de los mayores admiradores de Lugones) y Julio Cortázar.

Además del género cuentístico, el Lugones narrador se adentró en el terreno de la narración extensa con dos novelas espléndidas: un relato histórico sobre la guerra de la independencia, titulado *La guerra gaucha* (1905), y unas meditaciones esotéricas que, en forma de novela teosófica, aparecieron bajo el título de *El ángel de la sombra* (1926). En la década de los años cuarenta, *La guerra gaucha* fue objeto de una versión cinematográfica que se convirtió en uno de los principales referentes del cine argentino de su tiempo, tanto por su interés

histórico-patriótico como por su perfecta elaboración, que dio lugar a varias secuelas revisadas y adaptadas a las técnicas más novedosas (versiones en color, sonoras, etc.).

También brilló Leopoldo Lugones en su condición de ensayista, faceta en la que dejó algunos títulos tan relevantes como *El imperio jesuítico* (1904), *Las limaduras de Hephaestos* (1910), *Historia de Sarmiento* (1911) y *El payador* (1916). Además, dejó testimonio impreso de las constantes mutaciones de su pensamiento político, plasmadas en *Mi beligerancia* y *La grande Argentina*.

Finalmente, resulta obligado destacar la importancia de Lugones como traductor de algunas de las obras cumbres de la literatura clásica grecolatina, entre las que sobresalen las dos partes de la *Iliada* de Homero. En este mismo terreno, y al margen del ensayo ya mencionado (*Las limaduras de Hephaestos*, 1910), publicó dos series de *Estudios helénicos*.

J. R. Fernández de Cano

(*Enciclonet*)

LEOPOLDO LUGONES

ROMANCES DE RÍO SECO

LA CABEZA DE RAMIREZ

A Donato González Litardo.

En la guerra federal
Y entre esos hombres impíos.
Perdió la vida Ramírez
Tirano del Entre Ríos.

Le cortaron la cabeza,
Que es lo que voy a contar.
Cerca del pueblo llamado
San Francisco del Chañar.

Yo lo sé bien porque soy
Nativo de aquellos pagos
Que tanto tiempo sufrieron
Con la guerra y sus estragos.

Y hasta alcancé a conocer
Todavía guapetón
A ño Felipe Gigena,
Que fue cabo en esa acción.

Ya pisando el siglo, andaba
Siempre al galope en un macho.
Las barbas como bandera
De boliche con despacho.

(Viejos corsarios, de aquella
Condición que nunca pierde

La pinta del choclo tierno,
Pelo blanco y chala verde.)

Era devoto y solía
Mostrarnos una medalla
Por la cual le prestó amparo
Su santo en esa batalla.

Fue el diez de julio del año
Mil ochocientos veintiuno,
Detalle que, por lo cierto,
No me parece importuno.

Y es también de recordar
A quien patria y gloria estima.
Que el mismo día, señores,
Entró San Martín en Lima.

Pero ya vuelvo a tomar
El hilo de mí relato.
La buena intención me valga
Si me aparté de él un rato.

Diz que entonces se corría
Que era tremendo el caudillo.
Que venía ejecutando
A lanza, bola y cuchillo.

También es verdad que si unos
Maldecían del tirano,
Otros tantos le llamaban
Benemérito entrerriano.

Era, pues, Pancho Ramírez
El general, sí, señor,
Que en su provincia elevaron
A jefe y gobernador.

Federal de los primeros,
Temerario en la contienda,
Muchos le quedaron fieles
Con alma, vida y hacienda.

Pues aun cuando las historias
Lo pintan déspota y cruel,
Es y que la gente pobre
Se hacía memorias d'el.

Ponderando que tuviera,
Por público testimonio,
Arriba de mil ahijados
De pila y de matrimonio.

Que el servicio daba gusto
Con un patriota como era.
Que hasta los ojos tenía
Del color de la bandera.

Y que a sus expensas supo
Movilizar la milicia
Para darles a los pueblos
Constitución y justicia.

Pero yo, señores míos,
No redoblo en este parche.
Media vuelta, armas al hombro,
Paso redoblado y marche?

Comanda contra Ramírez
Que va bebiendo los vientos,
Ese coronel Bedoya
Dos lucidos regümentos.

Uno es de santafecinos
Y el otro de cordobeses.
Para el Supremo Entrerriano
Ya ahora no hay más que reveses.

Sin dar tregua lo persigue.
No sea que se le corte
En dirección a Santiago
Por esos llanos del Norte.

¡Ah cordobés veterano
En el arte de la guerra!
Cuándo se te iba a escapar

El caudillo por la sierra.

Y cata ahí que va en las mismas
Goteras de San Francisco,
Y al saltar el sol flanquea
Sobre la marcha al arisco.

Los hombres del vecindario.
En guerrilla parapeta.
Ahí fue donde ño Felipe
Se conquistó la jineta.

La montonera, aturdida,
Se dispersa al primer choque,
Manda el vencedor, resuelto,
Que calacuerda se toque.

Dejan, entonces, colgando
De las dragonas los sables,
Y resbalan de la bota
Los cuchillos, más manuales.

Y, tercerola a la espalda,
Entran con tiros certeros
A operar las boleadoras
Y a caer los prisioneros.

(Viera qué linda mozada,
Curtida en tanta refriega.
Lástima que, hasta en el suelo,
Casi ninguno se entrega.)

Boleando toma la punta
Un retén de milicianos
Que en las fuerzas vencedoras
Servían como baquianos.

Son los Caris del Río Seco,
Y ese nombre que les dan,
En quichua dice varones
Porque lo merecerán.

Es que entonces aquel pueblo

Ejercía la comandancia,
De Candelaria al Chañar,
De Caminiaga a La Estancia.

Componen, pues, la mitad
Del contingente vecino;
Y sin saber, a Ramírez
Le van cortando el camino.

Huye arrastrando la lanza
Ese aguerrido jinete.
Para que por los garrones
No puedan bolearle el flete.

Es un alazán tostado,
Animal pronto y seguro,
Que a grano y herrado lleva
Para los casos de apuro.

De suerte que sin tardanza
Podría echarles el hilo,
No fuera que sólo afloja
A media rienda, tranquilo.

Porque a su lado en el grupo
Va la Delfina, esa hermosa
Que en todas las correrías
Junto a él peligra animosa.

Lleva traje de oficial,
Bombacha y dormán punzó,
Y un espadín de parada
Con una faja de gro.

Por quitarle aquellas prend
Y además los espolines,
Aprietan los Cris viejos
Como afanados mastines.

Mas no larga ella la furia,
Porque el camino la arredra
Con tantos vizcacherales
Y reventones de piedra.

Para colmo, un viento crudo
Con la escarcha se va alzando,
Y la pasma, y con el polvo
La ciega de cuando en cuando.

Aunque moza de avería,
Al fin es mujer, la pobre,
Y puesta ya en ese trance,
No es fácil que se recobre.

Sólo de juntos que van,
Dificultan la boleada.
Pero ya los vencedores
Dan la presa por tomada.

Ramírez, que a su guerrera
No quiere dejarla sola,
Para atrás, por sobre el hombro
Les dispara su pistola.

Así puede sujetarlos,
Aunque por muy corto trecho.
Pues a uno-vea el Destino
Viene y le acierta en el pecho.

Cuando ya otro que será
Más ducho en la tremolina,
Les entra al fin y el caballo
Le bolea a la Delfina

Pero el caudillo, en el bote,
Sin retardar el escape,
La saca a pulso, logrando
Que el animal no la tape.

Bien haya el poder del brazo
Y la baquia en la fibra,
Con que así de la rodada
Y el cautiverio la libra.

Y echándosela en las ancas
A un valiente compañero,

Hace cara, para darles
Tiempo con el entrevero.

Y mientras embiste solo,
Pega el grito a los restantes.
Que la escolten. ¡Que él se basta
Contra esos cuatro tunantes!

Así, obedientes, consiguen
El Chaco ganar con ella.
Pero al caudillo, ese día,
Se le ha nublado la estrella,

Pues cuando arrolla con todo,
Por sacar esa ventaja,
Un tiro de carabina
Le da de atrás y lo baja.

Allá, recién, lo conocen,
Y apeándose con presteza,
Conforme al toque le cortan
Sin dilación la cabeza.

Así acabó el tal Ramírez.
Quién le habría dicho a aquel hombre
Que lo esperaba ese fin
En el pueblo de su nombre.

No bien semejante achura
Sacaron para memoria,
“¡Al Río Seco! ¡Al Río Seco!”
Fue el grito de la victoria.

Ahí mismo el jefe dispuso
Con órdenes convenientes,
Que allá se la remitieran
Por mano de sus valientes.

Y que, ganando momentos,
Un chasque la llevaría,
Para anunciar que las tropas
Llegarán al otro día.

Porque, dejuero, esa gente
Con media guardia, no más,
En qué apuro y sin noticias
Iba a encontrarse quizás.

Para vecinos tan fieles,
Qué mejor parte y regalo.
Tanto habrían pedido al Cielo
La cabeza de ese malo.

En una jerga de a pala
Costal le hicieron al punto.
Desnudo ya, entre las pajas,
Blanqueando estaba el difunto.

Cosió, en un verbo, el costal,
Con punteros de jarilla,
Un cari que era también
El sacristán de la villa.

Tata José de la Virgen.
Por tal razón le habían puesto.
Ese fue, asimismo, el chasque
Porque era hombre de andar presto.

Que si acaso en el camino
Se le rendía el montado,
Cualquiera lo iba a auxiliar
Hasta con su reservado.

Cortando campo al Naciente,
Salió en el mismo del muerto,
Que por bueno y ser herrado
Le entregaron con acierto.

(Se me olvidaba advertir
Que el cura, también de prisa,
Lo había de necesitar
Para esperarlos con misa.)

Allá la otra media guardia,
Resuelta, aunque era tan poca,
Mangrullaba desde el cerro

Sable en mano y bala en boca.

No había un alma en las casas,
Pues recelando la suerte,
Mujeres y criaturas
Se recogieron al fuerte.

En eso, uno, a la distancia,
Divisó una polvareda,
Baja para ser de viento,
Rala para ser de rueda.

Conocieron que era, entonces
De jinete en lo tendida,
Y ya lo vieron venir
Como salvando la vida.

Meneaba espuela a matar,
Medio al través la carona,
Cuando, más cerca, notaron
Que era ño José en persona.

Y en la claridad, serena
Le oían con sobresalto
Gritar: "¡Ramírez! ¡Ramírez?"
Sacudiendo un bulto en alto.

No sujetó hasta la plaza
Esa disparada a fondo.
Allá mismo, sin resuello,
Cayó el alazán, redondo.

El jinete, decidido,
De un tirón abrió el costal,
Y del pelo alzó en el aire
La cabeza federal.

Más que volando, los otros
Se descolgaron del cerro.
Ya al cuajarón de la jerga
Lo estaba lamiendo un perro.

Y mientras pedían al cari

Que la hazaña les explique,
El tomó para la iglesia
Donde iba a echar un repique.

Curioseaban la cabeza
Por encima y por debajo.
Todavía y que el garguero
Le palpitaba en el tajo.

Casi todos alababan
Con tono tranquilo y grave,
Los ojos garzos, tan nobles,
Y el pelo .rubio, tan suave.

Uno habló de orearla al fresco
Y ponerla en un cadalso
Para que el fin del caudillo
No se tuviera por falso.

De ella en el pueblo contaban
Todo esto que les conté.
Ahí fue donde; la salaron
Para enviarla a Santa Fe.

LA PRESA

(A Arturo Ameghino)

Bajo un oficio por propio,
Con escolta bien montada,
Bedoya remite a López
El parte de la jornada.

Diciéndole por más señas,
En un estilo sencillo,
«Ahí le mando de regalo
La cabeza del caudillo.»

Por eso fue que los caris,
Con discurso natural,

No bien llegó, según dije,
La maniobraron con sal.

Así es que a la orden del jefe
Y aprovechando ese adobo,
Le hacen de un cuero de oveja
Recién carneada el retobo.

A fin de que la conserve
Más fresca de tal manera;
El revés del fardo, armado
Con la lana para fuera.

Como el frío ha de ayudar,
Siendo el rigor del invierno,
Debe de llegar intacta
Al poder de aquel gobierno.

Cuanto más que llevan orden
De galopar sin descanso,
Y son hombres de hamaquearse
Lo mismo en bagual que en manso.

Cabeza de tal valía,
Comprenden que es menester
Ponerla acondicionada
Donde bien se pueda ver.

Porque es como para darle
Desconfianza al menos tonto,
Que a un guerrero así, la suerte
Le haya fallado tan pronto.

Debió ser la consecuencia
De que llevara consigo
Un fraile descomulgado
Por secretario y amigo.

Era franciscano el tal;
Y el combate infortunado,
Con dos Franciscos por jefes
Y en San Francisco se ha dado.

De ahí entraron a decir
Los entendidos en eso,
Que debía verse la mano
De Dios, en aquel suceso.

Y que sabido es también
Que por regla de la suerte,
Cuando alegan tres tocayos
Uno, al año, halla la muerte.

Pero eso-terció un ladino-
Con las mujeres trasmuda,
Pues la tercera de entre ellas
Al año casa o enviuda.

De tal modo comentaban
Chasque y escolta su encargo,
Por esas pampas desiertas
Al trote y galope largo.

Llegarán en la semana
Si los ayuda el Destino
Y hallan pronta en los fortines
La remuda de camino.

Pues como de esos trastornos
La indiada saca provecho,
Es riesgosa cortar campo
Para salir más derecho.

Cuando a López encontraron.
Este se hallaba en campaña
Contra el chileno Carrera,
Digno de su justa saña.

Así a su poder llegó
Aquel presente inhumano,
Que él recibió satisfecho,
Aunque no era hombre tirano.

Diz que con ostentación
La tuvo en su campamento,
Tal vez para dar a muchos

Desengaño y escarmiento.

Y que luego a Santa Fe
Volvió a mandarla, ordenando
Que se la clave en la reja
De la Matriz, según bando.

Y al efecto embalsamada,
Para que no se corrompa,
Sirva de ejemplo a los malos
Y al triunfo de mayor pompa.

Tal juego entre hombres de garra
No ha de causarnos sorpresa,
Que está en la índole del león
La diversión con la presa.

A nadie le va a extrañar
Que, en ardiendo, el fuego queme.
Esa es la guerra civil,
Y yo no le mermo un jeme.

Así, pues, quien recibió
Aquel valioso tributo,
Fue don José Ramón Méndez
Gobernador sustituto.

Comandante de escuadrón
De los famosos Dragones
De la Independencia, el tal
Sabía llevar sus galones.

Por lo cual cumpliendo al punto
Sin buscar mejor motivo,
Dispuso que la cabeza
Se entregue a un facultativo.

Después que la hubo operado
La embalsamó ese doctor
Con espíritu de vino
Y una mezcla de alcanfor.

Y estimando con decencia

Toda la obra a un precio bajo,
Tasó en cuarenta y dos pesos
Las drogas y su trabajo.

Y para que bien conozca
Su nombre probó la gente,
Diré que, Manuel Rodríguez
Se llamó ese competente.

Así será la cabeza
Puesta en el atrio del templo
Como se había ordenado
Para trofeo y ejemplo.

Pero el vicario se opuso,
Dándose bien su lugar,
Y en el Cabildo, enjaulada,
La debieron colocar.

Allá estuvo hasta que un día,
Según es de tradición,
Un dominico, en sagrado,
La enterró por compasión.

Mas la fama de Ramírez
No acabó con su desgracia,
Pues su muerte fue un espejo
De sacrificio y audacia.

Saquen ahora la lección
Que todo cantor sincero
Debe poner en sus coplas
Como yo ponerla quiero.

El varón cabal parece
Dichoso en su adversidad,
Si le abren sus puertas de oro
Patria, amor y libertad.

HISTORIA DE LA DELFINA

(A Julián Nogueira)

Atiendan, señores míos,
Pues quizás les interesa,
Cómo acabó sus andanzas
Delfina la portuguesa.

Aquella que en el contraste
De un destino singular,
A costa de su cabeza
Logró Ramírez salvar.

Quedamos en que el caudillo,
Tan audaz como prudente,
La echó a las ancas de un bravo
Mientras él hacía frente.

Quien así pudo sacar
Campo afuera a la Delfina,
Fue el coronel de Dragones
Don Anacleto Medina.

Natural de las Misiones
Raza pura de indio fuerte,
Y coronel, como dije.
De Dragones de la Muerte.

Aquellos lindos soldados
A quienes por todo extremo,
Bien les cuadraba llamarles
El crédito del Supremo.

Aunque por fidelidad
A sus órdenes postreras,
Ahí tuviesen que ir huyendo
Perseguidos como fieras.

Pues fue así que a raja cinchas
Sin compasión ni desmayo,
Los corrieron hasta el mismo

Lindero del Ancasmayo.

Y sólo se vieron libres,
Cuando allá de aquel arroyo,
La milicia santiagueña
Les dio protección y apoyo.

Luego, por un rezagado,
Supieron la triste nueva,
Y empezó recién para ellos
Lo más duro de la prueba.

En cincuenta días a lomo,
Cruzaron por los desiertos
Santiago, el Chaco y Corrientes,
De hambre y de sed medio muertos.

Y al rigor de aquellos fríos
Que no dejaron ni abrojos,
Ríos a nado, arenales,
Desamparos y despojos.

Sin más que bichos del campo,
O algún bagre. bien venido
Que al amor del sol saliente
Boyó en la orilla, entumido.

Teniendo allá que quitarle
Su pesca a cualquier chimango,
Y asarla, por más provecho,
A uso toba, envuelta en fango.

O llegando en ocasiones
A degollar una yegua
Para beberle la sangre
Sin que la sed diera tregua.

Hasta dejar la tropilla
Tan mermada y en escombros,
Que al fin iban los más d'ellos
Con los recados al hombro.

Algún socorro, es verdad,

Les prestó Ibarra en Santiago;
Mas pronto lo consumieron
La epidemia y el estrago.

Pues tanto asentó la escarcha,
Que estremando la congoja,
Hasta el quebracho maduro
Volteó aquel invierno la hoja.

Y parecía que la tarde,
Sobre el pajonal reseco,
Soslayaba en cada sombra
La estampa de un perro enteco.

Pasaron días perdidos
Entre los montes sin huellas,
Buscando un claro aparente
Para aguaitar las estrellas.

O hacheando algún guayacán
Para rumbear por el corte
Que suele mostrar la veta
Corrida un poquito al Norte.

Hasta en las noches más
De aquellos tristes parajes,
Ni encender fuego podían
Por temor a los salvajes.

Así en vela lo pasaban,
El caballo de la rienda,
Oyendo bramar los tigres
En la soledad tremenda.

Y con la infeliz mujer
Que apenas hacía bulto,
Como si fuese, de veras,
A cortarse en cada insulto.

Sin encontrar el remedio
Ni el olvido que serena,
Le iba cavando los ojos
Hasta el alma aquella pena.

En su rebozo de luto,
Ya un ánima parecía;
De tanto ahogar los sollozos
La madre se le subía.

Y cuando le daba el mal,
Para aumentar la aflicción,
Llamaba al finado a gritos
En esa desolación.

O apenas los descuidaba,
En los descansos y aprontes.
Se les quería disparar
A buscarlo por los montes.

Con lo que a pensar llegaron
Algunos de la partida.
Que era mejor despenarla
Cuando estuviese dormida.

Pero al saberlo, se puso
Fuera de sí el coronel,
Diciéndoles que así opina
Tan sólo el bárbaro infiel.

Y que en saliendo a poblado,
El le ha de alzar el ataque,
Cuanto y que le dé un sahumero
De chamico y estoraque.

Y bajo señal de cruz,
Y en viernes huacho sangrada,
Pise un huevo basilisco,
Del pie izquierdo descalzada.

Que es de hombres y de soldados
Cumplir con ese deber,
Mucho más cuando se trata
De un muerto y una mujer.

Así se portó Medina
Y yo lo canto a mi gusto,

Pues, a ley de caballero,
Me parece que es lo justo.

Indios de éstos, mil quisiera
Para igualar satisfecho,
Que el color del corazón
Es el mismo en todo pecho.

Después de muchas miserias
Que nuevamente pasaron,
Al Arroyo de la China
Por fin un día llegaron.

De allá era nativo el jefe
Ido ya a la eterna ausencia,
Pero ellos volvían constantes
A su ejemplo y su querencia.

Una ilusión parecía
Que en busca de nueva gloria
Seis meses antes partieran
Seguros de la victoria,

Mas siempre sale triunfante
Quien como bueno cumplió,
Y a Medina le esperaban
Laureles de Ituzaingó.

La historia de lá Delfina
No sufrió ya otro percance
Hasta el año treinta y nueve
Que fué el de su último trance,

Yo no sé si la, curaron
Con hierbas, magias o preces.
Y en viernes huacho que llaman
Al que es quinto algunas veces.

Pero aislada en su desdicha.
Sin reproches ni lamentos,
Falleció en la soledad,
Privada de sacramentos

Así lo dejó asentado
El párroco en su registro.
Que me valga el testimonio
De aquel sagrado ministro.

Empezó a decir, entonces,
La gente más conciencuda,
Que aquella pasión fatal
La había perdido, sin duda.

Y que por no desmentirla
Ni ante el trono del Señor,
A eterno amor condenada
Se condenó con su amor.

EL REO

(A Carlos M. Mayer)

Después del Quebracho Herrado,
Según la historia lo escribe,
Persiguiendo a Juan Lavalle
Va ese general Oribe.

Así en contraste tan rudo
Negó la suerte a aquel bravo
Los laureles que hasta entonces
Conquistó sin menoscabo.

Porque donde entra Lavalle,
Para qué te quiero gloria,
Si no es para hallarle justa
Consonancia a la victoria.

Pero esa vez la desgracia
Le había llegado a él también.

Ya no iba a hallar en el mundo
Tregua, acierto ni sostén.

Derrotado marcha al Norte
Juan Lavalle el temerario,
Sembrando la caballada,
El parque y hasta el vestuario.

No deja el camino real,
Y aunque no exige hospedaje.
Va requisando en las postas
El ganado y el carruaje.

Dicen que por el Río Seco.
Tirado en una berlina,
Pasó sin dejarse ver,
Con su escolta correntina.

Dios le ayude porque Oribe,
El mejor de sus rivales,
Manda lo más aguerrido
De las tropas federales.

Por capaz y diligente
Se las ha confiado Rosas,
Y don Juan Manuel, en esto,
Sabe arreglar bien las cosas.

Cada división por, junto,
Monta caballos de un pelo.
Y en el porte y disciplina,
Cada soldado es modelo.

Punzó la gorra de manga,
De igual color la chaqueta.
Y a listas blancas .y azules
El chiripá de bayeta.

Son veteranos de aquellos
Que al entrar en la pelea,
Por dragona de los corvos
Suelen prender la manea.

Y hasta cuentan que en las car
Se ha visto más de un barbudo
Que para andar sin estorbo
Con las barbas hizo un nudo.

Es de verlos cuando avanzan
Con un empuje tremendo,
Entre el polvo y la humareda
Como un pajonal ardiendo.

Mas los de la otra divisa
Topan esa llamarada
Como las olas que encrespa
Bramando la marejada.

Pues el uniforme entero
Llevan del color celeste
Con que quiere el unitario
Que su fe se manifieste.

Dicen que en su menosprecio
De la muerte, esos varones,
Se vienen hasta los cuadros
Para enlazar los cañones.

Y que, cuando se entreveran,
Asombra entre el clamoreo
El choque de las tacuaras
Superando al tiroteo.

Esa es guerra de la grande,
Y en aquel fuego funesto,
El que no echa vale cuatro
Canta contra flor y el resto.

Acaso alguno desdeñe
Por los criollos mis relatos.
Esto no es para extranjeros,
Cajetillas ni pazguatos.

A las cosas de mi tierra,
Tal como son las divulgo.
No saboreará el pastel

Quien se quede en el repulgo.

Apenas la villa ocupa
La vanguardia federal,
Pone en la plaza el banquillo
De la pena capital.

Así entonces lo estilaban
Los ejércitos, señores,
Para terror de enemigos
Y escarmiento de traidores.

Conque, al toque de retreta,
Se echa bando por pregón,
De que un desertor, mañana,
Sufrirá su ejecución.

No bien raya el nuevo día,
Todo el pueblo acude a ver.
Si no se ha quedado un hombre,
Menos falta una mujer.

Había corrido la voz
Que el reo era un lindo mozo,
Medio de mala cabeza,
Pero de muy buen carozo.

Que conforme con su suerte
Y sin mostrar ningún susto,
Se portó esa última noche
De guapo que daba gusto.

Porque acordadas tres cosas
A aquel que se halla en capilla,
Sólo pidió una guitarra
La guayaca y una silla.

Que por cifra les compuso,
Y en décimas, una glosa
Sobre esta copla asentada
Por una mano piadosa:

«Preso y sentenciado estoy,

No tengan pena por eso,
Que no soy el primer preso
Ni dejó de ser quien soy.»

Y que hasta bailó una cueca
Que audaz llamó «la del bando»,
Con la mujer del sargento
Que le hizo el gusto llorando.

Porque era mozo tan ágil
Y delgado de tobillos,
Que se arregló soliviando
Con una faja los grillos.

Mire que es fatalidad
Venir así a errar la huella.
Mire que haya quien desniegue
Esto de la mala estrella.

Esto de la mala estrella
Contiene mucho argumento.
Mas por hoy, señores míos,
Hay que seguir con el cuento...

Ya el reo se halla vendado,
Y ante tropa y concurrencia,
Se echa por última vez
El pregón de la sentencia.

Que habiendo correspondido
Consejo sobre el tambor,
Resuelve que así se cumpla
El comando superior.

Que por su artículo tal
La ley con rigor ordena
Que al desertor en campaña
Se aplique la última pena.

Pero que si una mujer
Por marido lo pedía,
En prisión aquel suplicio
Conmutado le sería.

Es que en su misma dureza
Compasiva la ordenanza,
Querrá acordarle al amor
Aquella última esperanza.

El caso es que para el reo
No fue el Destino tan cruel,
Porque una dijo que estaba
Pronta a casarse con él.

La que a esa carta perdida
Se juega de tal manera,
Es, con sorpresa de todos,
Ña Justa la pastelera.

Parda jamona, y de yapa,
Bizca por su mala suerte,
Aunque todos reflexionan
Que al fin más fea es la muerte.

Y que un culpable indultado,
A quien la cárcel aguarda,
No va a andarse con melindres
Sobre si es negra o es parda.

Ella le hace caridad,
Porque al fin es un suicidio
Pasar la vida esperando
A la puerta del presidio.

Con lo cual bien los asombra
Cuando ruega muy entero,
Que los ojos le desaten
Porque quiere ver primero.

Y en cuanto echa su vistazo,
«No me conviene la prenda»,
Dice con resolución,
Y vuelve a pedir la venda.

Recibió sus cuatro tiros
Dándose por satisfecho,

Y así la pobre ña Justa
ufrió el último despecho.

Miserias por esperanzas
Ella buscó decidida.
Y al rigor de la fealdad
El sacrificó la vida.

No sé qué creerán ustedes,
Mas yo tengo para mí
Que merece algún respeto
Quien supo morir así.

LA CRIA
(A Alejandro Astraldi)

1

En el atrio de la iglesia
Que hoy se entrega a otro servic
Concluyen de labrar su acta
Los conjueces del comicio.

Madrugó el cura ese día
Con misa de las comunes,
Y barruntando camorra,
Trancó por dentro hasta el lunes.

Mas la elección fué ordenada,
Y conforme al juego eterno,
Del escrutinio resulta
Que la ha ganado el Gobierno.

Para celebrar el triunfo
Como es justo y natural,
Aprovechan allá mismo
De la mesa electoral.

Y en grupo los tres conjueces
Que el comisario encabeza,
Se sirven de unos chorizos

Galopeados con cerveza.

Como por el acto cívico
Ese día no hay sagrado,
Pueden disfrutar así
De aquel lugar, sin pecado.

Pues si bien ya el sol ladea,
Está todavía que arde,
Y en la población no existe
Punto más fresco de tarde.

Aunque uno que otro adulón
Del convite participa,
Los más, detrás de la iglesia,
Se hallan rodeando una pipa.

Desde allá y con el jolgorio,
Se les oye el alarido,
Entre un incendio de cohetes
Que celebran al partido.

Ahora, no más, se arma alguna,
Porque habiendo vino y taba,
Casi seguro es que, luego,
La fiesta a cuchillo acaba.

Y como que son amigos,
Si el fandango así desborda,
La autoridad, por supuesto,
Debe hacer la vista gorda.

Ante el pueblo soberano,
Manda la ley su desarme.
También qué orden va a guardar
Con un cabo y un gendarme...

La tabeada es en dos canchas:
En una corre moneda,
Y en la otra prendas de estima
Cuando ya sólo eso queda.

Aquí, si la plata es mucha,

Suelen parar en un poncho.
No falta listo que saca
Su costalito rechoncho.

Hay quien juega hasta las botas
Hay quien pierde hasta el pañuelo
Para éstos queda la pipa
Como el último consuelo.

Beben sentados en rueda;
Y el que les reparte el vino
Es siempre un buen tomador
Al cual llaman el vecino.

A beber está obligado
Con todo aquel que lo invita,
Hasta que caiga y entre otro
Que sus hazañas repita.

Así esos hombres servidos
Suelen ponerse molestos,
Empezando a ocasionarse
Con bravatas o denuestos.

Y como la única prenda
Que no se juega es la daga,
Para echar una de a pie
Nunca faltará quien lo haga.

2

A todo esto, allá en la mesa
Donde no votó un contrario,
Carteaban una primera
Conjueces y comisario.

Ninguno, sobre los naipes,
Le arisquea al patacón.
Mas ahora caigo en la cuenta
Que no he dicho quiénes son.

Pues sabrán que el comisario

Fue alférez por la ordenanza,
Y que pasó en la frontera
Como la primera lanza.

Retirado del servicio
Sin que nadie se lo explique,
Dieron en sacar que es hijo
De cautiva y de cacique.

Añadiendo que enterado
De aquello, pidió la baja,
Por no derramar su sangre
Con felonía y ventaja.

Que adviertan que a más del tipo
Que lo asemeja a los suyos,
Bolea el paso en lo parejo
Como andando entre los yuyos.

Y que cuando se descalza,
La cosa mejor se ve,
Porque en el rastro y que deja
Toda la planta del pie.

El primer conjuez, de mesa
Es el que las actas labra.
Picarón de mucho código
Y de muy buena palabra.

Tiene colorado el pelo,
Mas dicen que es mulatazo,
Porque le han visto patente
La raya en el espinazo.

El otro es un paisanote
De aquellos que, para mengua,
Sudan al echar la firma
Y hacen talón con la lengua.

Para mengua del sufragio,
Dijera el señor maestro
Que con la gente contraria
Se ha metido a mozo diestro.

Pues aquí debo explicarles
Que todo esto se conversa,
Dice el juez que en los corrillos
De una oposición perversa.

Ya que según lo denuncian
Las gacetas gubernistas,
Se sabe que aquéllas son
«Calumnias de los mitristas».

Pero nos falta el más lauto,
Y también de más empresa,
Que es don Gabino Racedo,
Presidente de la mesa.

Aun cuando su estancia quede
No distante de la villa,
Pocas veces por allá
Se ve su pera tordilla.

En la guardia nacional
Que él dota de caballada,
Es comandante honorario
Sólo por cargar espada.

Pero la sabe llevar
Como varón, eso sí,
Y es fama de temerario
La que goza por allí.

Figúrense que una siesta,
Dos pillos, enhoramala,
Van y lo encuentran durmiendo
Bajo la sombra de un tala.

Son dos ternes de avería
Que con él tienen su asunto.
¡Ahora verás, viejo malo,
Cómo se adoba un difunto!

Para gozarla mejor,
Se allegaron despacito,

Le resbalaron la espada
Y le pegaron el grito.

Y fue cosa de no creer,
Pero se les defendió,
Haciendo arma de una bota
Que a manotear alcanzó.

Ninguno logró tocarlo,
Hasta que en eso cayeron
Sus dos hijos que campeaban
En el monte, y que algo oyeron.

Entonces fue robo el caso,
Y más no hubo menester,
Con aquel par de cachorros
Que eran todo su querer.

Mas los dos pillos hallaron
Por su mano el escarmiento.
Uno fue para el olvido,
Otro se rindió al momento.

Y al juez la entregó en persona,
Mansito ya como un buey,
Con una coyunda uñado
Bajo el yugo de la ley.

3

Como es zarco y que su vi
El sol de frente rechaza,
Don Gabino eligió asiento
Dando la espalda a la plaza.

A su derecha, en el suelo,
Dos bolsas de patacones
Hasta la boca colmadas
Dan que hacer a los mirones.

Porque está ganando el vieja
Y es rumbo en el barato.

Las bolsas, pelo barcino,
Son enterizas de gato.

Al fondo del atrio, un negro
Que le sirve de asistente,
Le cuida el poncho y la espada
Que él no lleva ante la gente.

Poco a poco el fresco empina,
Su gacho de paja blanca
Que luce la escarapela
Nacional en la retranca.

Cuando ya al ponerse el sol,
Rompe como a voz de mando,
El alboroto de un grupo
Que entra en la plaza peleando.

Es la yunta de cachorros
Que se ha entreverado sola
Con unos quince borrachos
A puñal, rebenque y bola.

De salto en salto recula
Y a ganar terreno atina,
Porque tiene los caballos
A la vuelta, en la otra esquina.

En el brazo, a tajo y punta
Lleva las mantas deshechas.
A algunos de los que atacan
Les colorean las mechas.

Mas la pareja de mozos
Se desempeña en el trance
De modo que no hay rebenque
Bola o puñal que la alcance.

Así, cruzando la plaza
Sin turbación ni fatiga,
Medio en cuclillas pelea
Mezquinando la barriga.

Y cuando los otros cargan,
Parece que se les vuela,
Rayando, como en el triunfo,
La mudanza con la espuela.

Mas por momentos se alivian.
Atacando de improviso,
Para hacer un desparramo
Y echarle otra achura al guiso.

Véanlo al rubito, a Delfín.
Qué me dicen del muchacho.
De un planazo, por chacota,
Se basurea un borracho.

Y al tirarle otro, furioso,
Con un bote de ginebra,
Vuelca el puñal y en el cabo
Recibe el frasco y lo quiebra.

¿Y el trigueño?... ¿Ceferino?
¡Bien haya el mozo liviano!
Ahí salvó un tiro de bolas
Que al pasar ató al hermano.

Pero él, sin tardanza alguna,
De un tajo lo desmanea.
Y con nueva atropellada,
Vuelve a igualar la pelea.

A uno lo arrolla de punta,
De un zurdazo se tumba otro,
Y al cerdudo que boleaba,
Le tusó el jopo a lo potro.

Allí arrecia el entrevero
Y el peligro de los dos.
No falta ya timorato
Que los encomiende a Dios.

Ningún jugador se mueve
De la mesa, mientras tanto.
Puñalada más o menos,

No va a causarles espanto.

Pero en eso uno que viene
De presenciar los destrozos.
« ¡Vea, don Racedo-le grita-,
Cómo le traen sus dos mozos!»

A esta voz el comandante
Gira sin prisa ni asombro
La cabeza para echar
Una ojeada sobre el hombro.

Y volviéndose a las cartas
que en ese momento abría,
Dice: «Déjenlos, no más,
Los dos son de buena cría.»

¡Habrás visto en un padre
Semejante indiferencia!
Pero es el caso que el viejo
Tuvo razón en su creencia.

Pues de allí a poco volvieron
Los muchachos en sus pingos,
Aseaditos y asentados
Como para los domingos.

Bien ve que heridos no están,
Y aunque lo halague su audacia,
Lo único que les pregunta
Es si no ha habido desgracia.

Ellos, también muy medidos,
Se reducen a expresar
Que no pegaron de punta,
Tirando sólo a cortar.

Que ya a la estancia regresan,
Y si no los necesita,
Le piden su bendición
Y encargos para mamita.

Eso basta, porque entre hombres

Es de flojos la jactancia.
«Que Dios los guarde -bendice-
Vuelvan juntos a la estancia.»

«Cuando entren a los potreros,
No se olviden de la puerta.
Y díganle a Encarnación
Que no me espere despierta.»

Esa noche, en la tertulia
Que ha seguido en lo del juez,
Dice que lo habrán supuesto
De mal corazón, tal vez.

Pero que él a sus muchachos
No achica ni ante la muerte.
Que bien sabía lo que valen.
Como se ha visto por suerte.

Y que tampoco iba a hincarse
A rezar el ¡Ay Jesús!,
Cuando ya en cincuenta y cinco
Llevaba orejeado un flus.

EL OBISPO (A Ubaldo Benci)

Ese fray Mamerto Esquiú,
Vuestro obispo diocesano,
Volvía de unas misiones
Tierra adentro por el llano.

Por el llano y por la sierra,
Donde la gente rural
Mucho tiempo había pasado
Sin visita pastoral.

Pues como que bien portaba
El cordón de San Francisco,
Prefería al peón más pobre
Y al rústico más arisco.

Así, al ocupar la sede,
Dispuso, con mano abierta
Que todo el ajuar de precio
En la limosna se inviarta.

Y haciendo al menesteroso
El lugar que se le debe,
Tenía la misericordia
De Jesús sobre la plebe.

Bien haya el santo piadoso
-Santo he dicho y no lo enmiendo-
Que tal fama desde entonces
Mereció aquel reverendo.

Aunque conviene a saber,
Que con aflicción humilde,
Más que tenerlo por gloria
Lo reputaba una tilde.

Notorio era que después
De porfiada resistencia,
Había aceptado la Silla
Bajo rigor de obediencia.

Y hasta la cruz de oro al pecho
Que debe usar el prelado,
Dentro el seno la llevaba
Por no ostentar ni en sagrado.

Con lo que, a primera vista
Parecía un fraile cualquiera,
Según muy cuerdo y laudable
Lo hallaba él de esa manera.

Pero bien pronto en las almas
Su mansedumbre imponía
La claridad del lucero
Sobre las puertas del día.

Y sólo con que mirase,
Daba al pecador más ruin

Contento, paz y hermosura
Como si abriese un jardín.

Pálido de penitencia,
Que como en marfil lo labra,
Fragancia del corazón
Le subía en la palabra.

Era de presencia airosa,
A pesar del sacrificio
Con que alegre soportaba
Trabajo, ayuno y cilicio.

Y esto que paso a contarles
Lo sé porque se alojó
En casa de mis mayores
Cuando al Río Seco llegó.

Allá mismo, hasta olvidado
Del preciso refrigerio,
Sin descanso y sin excusas
Ejercía su ministerio.

Es que las horas de iglesia
No alcanzaban para tantos
Como al perdón acudían
Con sus culpas y quebrantos.

Pues era tal el fervor
De aquellas almas sencillas,
Que hasta llevaban de lejos
Tullidos en angarillas.

Por eso es que algunas veces
En la plaza predicaba,
A la claridad benigna
Que la tarde le prestaba.

Tardecitas de la sierra,
Que, al aplacarse el bochorno,
Bajaban como cantando
Por las peñas del contorno.

Ya se azulaba el faldeo
Donde a la oración asoma
Tan bella en su soledad
La azucena de la loma.

Y solían mezclarse al eco
De las palabras sagradas,
El silbo de las perdices
Y el balar de las majadas.

Qué gentío... viese usted
No acabo si lo detallo.
Había hasta gauchos esquivos
Que escuchaban de a caballo.

Allá se ablandaba el duro
Y se reducía el vil.
Más de una infeliz lloraba
Con el gauchito al cuadril.

Y en la suavidad de aquella
Dominación sin alarde,
Almas y frentes lavaba
La frescura de la tarde.

Sucede, así, que entregado
Desde el alba a su faena,
Se recogía por la noche
Rendido que daba pena.

Mas, luego, no sé quién supo
-Siempre hay de esos advertidos-
Que la cuja abandonaba
Cuando nos sentía dormidos.

Y poniendo, únicamente,
Bajo la cara un pañuelo,
Abreviaba su descanso
Tendido en el duro suelo.

Era hijo de Catamarca,
No es justo que esto se calle,
Pues Nuestra Señora y él

Son las glorias de aquel valle.

2

De regreso, como dije,
Cuando va a tomar el tren,
En la estación ha ocurrido
Lo que ahora sabrán también.

Mientras séquito y viajeros
Almuerzan en la cantina,
Rezando sus oraciones
El por el andén camina.

Detrás, mediando la calle,
Queda el comedor que digo,
De modo que puede hacerlas
Sin estorbo ni testigo.

Ya que hasta los familiares
Se han de apartar con respeto,
Cuando quiere así a sus preces
Entregarse por completo.

Fuerza en ellas pide a Dios
Para cumplir la tarea,
Y en el sosiego del campo
Su soledad se recrea.

Cuando, cata ahí que, de prisa,
Llega un clérigo muy listo,
En una mula alazana
Que de andar es por lo visto.

Bajo su gacho arribeño,
En la ancha cara de suela,
Le saltan los ojos verdes
Entre lacras de viruela.

El apero es sobajado;
Y aunque sin mancha ninguna,
La sotana de lustrina

Se va poniendo cebruna.

Solamente pintan lujo
Con sus borlas y labores,
Las abultadas alforjas
Bordadas en tres colores.

Es el cura de Citón,
Don Juan Correa, que, atenta,
Con su señoría ilustrísima
Quiere hacer conocimiento.

Tomará para lograrlo,
El mismo tren que ahora arriba,
Incorporándose al clero
Que forma la comitiva.

Pues como algún camarada
Tendrá allí, durante el viaje
Se hará presentar con él
Para rendir su homenaje.

Mas ¿qué digo un camarada,
Cuando es, sin hacerle halago
El hombre con más amigos
Que se conoce en el pago?

Y a fe que bien lo merece,
Porque no habrá feligrés
Que con gratitud no alabe
Su empeño y desinterés.

Quien vendrá por los auxilios,
Que emprenda, solo, el regreso.
Siempre anda como de chasque,
De acá para allá con eso.

Algo médico también,
Aunque medio barbarón,
Es de los que sacan muelas
Con el piolín y el tizón.

Pero receta con tino

Su bisma o su cataplasma
Al que se quiebra en la doma
O en el arreo se pasma.

Así amaña sus quehaceres,
Del sacramento al remedio,
Sin perder el buen humor,
Aunque jamás tenga medio.

De lo poquito que gana
No queda para el ahorro,
Vi de mermárselo dejan
El petardo y el socorro.

A más que siendo tan pobres
Todos esos vecindarios,
Suelen pagarle en especie
Sus módicos honorarios.

No tiene sino esa mula
Que de andar sacó en persona,
Pues una viuda, por misas,
Se la cambió redomona.

Es que es diestro en el rebenque
Lo mismo que en el hisopo;
Ocurrente, y hasta creo
Que capaz de algún piropo.

Pero aquí cumple advertirles,
Más que lo vean tan feliz,
Que nunca le conocieron
Arrimo ni otro deslíz.

3

Apremiado, pues, llegaba
A la estación mi don Juan,
No fuese el tren a ganarle.
Malogrando así su afán.

Pie a tierra ha echado, resuelto,

Y abajando las maletas,
Contra un pilar las arrima,
Como que las trae repletas.

Sólo entonces mira al fraile
Que anda allá y que, desde luego,
Ningún interés le causa
Porque cree que es algún lego.

Sí, pues, un lego, al cuidado
Del equipaje, quizás...
Con lo que tiene la idea
De aprovecharlo ahí, no más.

«Hermano, por vida suya
-Le dice de muy buen modo-
Repáreme las alforjas
Mientras voy por acomodo.»

«Queda a mano, aquí cerquita,
En ese potrero grande.
Soy el cura de Citón,
Para lo que usted me mande.»

«Vaya, señor, sin cuidado,»
-El obispo le replica-
Pronto vuelve, ya de a pie,
Y a instalarse se dedica.

Y desde la plataforma
Del vagón que ha hallado abierto,
Como ve tan manso al fraile
Consuma su desacierto.

«Hermano- vuelve a decirle,
Con las alforjas bromeando-,
Alcáncemelas, no tema,
Que no pasan contrabando.»

Allá las carga el obispo
Sin impaciencia ni asombro.
Con lo pesadas que están,
Tiene que echarlas al hombro.

«Pobrecito, tan conforme
Y servicial» -don Juan piensa-
Si no fuese por su estado.
Le ofrecía una recompensa.

Pero dicen que el obispo
Se manifiesta severo
Para con los regulares
En materia de dinero.

Porque es y que ni a las monjas
Vender, como antes, permite.
En el torno sus alcorzas
Y ovejitas de confite.

Lástima de aquel buen lego.
Más que es tan formal, de juro,
Que a lo mejor su agasajo
Va y lo pone en un apuro.

De modo que no se anima
Ni a echarle un real en la manga.
Y un simple «Dios se lo pague»
Le retribuye la changa.

En eso, mientras sus cosas
Dentro del vagón alista,
La gente llena el andén,
Y pierde al fraile de vista.

Mas no se preocupa de ello,
Pues para el caso que apronta,
En qué le puede ayudar
Alguien de tan poca monta.

Cuando el tren se pone en marcha
Y oportuno le parece,
Busca y encuentra un amigo
Que a presentarlo se ofrece.

Aunque viaja en reservada,
Monseñor no es de cogote,

De suerte que, pronto, ante él
Se encuentra en su camarote.

Pero figúrense ustedes
La confusión que lo embarga
Cuando se da en el obispo
Con su lego de la carga.

Ahí, se arrodilla, implorando
Perdón para su torpeza.
El santo varón le puso
Una mano en la cabeza.

«No hay de qué, hermano-- responde
Con tono suave y profundo
Para ayudarnos estamos
Los hombres en este mundo.»

Así pudo, decía el cura,
Contemplar un ser sublime,
Y en su sencillez, patente,
La gracia que nos redime.

Iluminado por ella,
Aunque era un paisano rudo,
Los ojos se le nublaron,
La lengua se le hizo nudo.

Y agachando la cabeza
Como ante un santo de altar,
«No supe, amigo-concluía,
Más que echarme a lagrimear.»

LA YEGUA BRUJA
(A Juan Carlos Rébora)

1

Quien por su cuenta o con otros

Salga a correr o a bolear,
Respete tres animales
Si es que los llega a topar:

Al ñandú blanco en la tierra,
Al cuervo blanco en el cielo,
y en arreada de baguales
A la yegua de ese pelo.

Así empezó su relato
--Yo estaba en la concurrencia--
Aquel mentado Juan Rojas,
Hombre de mucha experiencia.

Ojalá sus expresiones
Con propiedad les repita.
Oigan, pues, como siguió
ño Juan--ánima bendita--.

De las dos primeras aves,
Nadie el maleficio ignora;
Pero el de la yegua blanca
Voy a explicarles ahora.

Dicen, pues, que hubo en el fuerte
De Candelaria, una vez,
Un mayor que se llamaba
Don Rudesindo Valdez.

Buen jefe para la guerra
Con los indios, que era dura.
Pero por demás celoso.
Que ésta fue su desventura.

Figúrense que extremando
Aquel hombre el desacierto,
Vino y cayó con mujer
De guarnición al desierto.

No había querido dejarla
Como otros en la ciudad.
Aunque esa vida, señores,
¡Era una calamidad.

Pero allá con los milicos,
En paja y barro, al momento,
Se aprontó un corte de rancho
Para hacerle el aposento.

Y hasta se le armó una cuja,
Que por volverla más blanda,
Nivelaron con coyundas
A la facción de sopanda.

Era dama, al parecer.
Blanca y rubia por más señas,
Con unos ojos tan grandes
Y unas manos tan pequeñas.

Siempre junto a ella el mayor,
Prendado por sus cabales,
No acudía ni a comer
En la mesa de oficiales.

Le privaba salir sola,
Siquiera a tomar el fresco,
Aunque era hombre comedido,
Prudente y caballeresco.

A valiente en cualquier trance
Nadie le medía la huella.
Así es que de todas suertes
Lo merecía su bella.

Pero si por buena moza
Justo era que la celara,
Ella desde el primer día
Puso de piedra la cara.

Con capitán y teniente,
Sólo cambiaba el saludo.
Sospecharle algo por ahí,
Que yo sepa, nadie pudo.

Y aunque donde menos cree
Va la mujer y se tienta,

Qué interés podía causarle
La milicada harapienta.

Miraba todo, insensible.
Como imagen desde el nicho;
Pero el mayor ni por ésas
Aflojaba su entredicho.

Y como quien anduviese
Con alguna tema grave,
Siempre que al campo salía
La dejaba bajo llave.

Yerran los que a sus mujeres
Humillan por defenderlas,
Pues dicen que de guardadas
Se empañan hasta las perlas.

Y conforme han sentenciado
Todos cuantos saben de esto,
Lo que quiere el corazón
No es manea sino cabresto.

Suerte que hijos no tenían;
Pues según personas serias,
No habría habido criatura
Que aguantase esas miserias.

Era en tiempos de invasión,
Guerra, plaga o carestía
Que los dejaba cortados
De auxilio y proveeduría.

Sin amilanarse, entonces,
Y hasta al son de la charanga,
Salían a manguear baguales
O lo que entrase a la manga.

Pues aunque se halle el buen gaucho
Sin recursos ni vivienda,
Cualquier bicho y cualquier huevo
Le servirán de merienda.

Así es que por los contornos,
Al apretar la gazuza,
No quedaba una vizcacha
Qué digo-ni una lechuza.

Pero hay que saberle a cada
Comestible su aderezo.
De esta manera, con Rojas,
Salvamos en un tropiezo.

Hambrientos, y como dicen
Que a buen hambre no hay pan,
Unos huevos de tortuga
Nos sacaron del apuro.

Nadie se aplica a cocerlos,
Porque su clara no cuaja,
Y el cascarón, que es blanduzco,
Puesto al rescoldo se raja.

Apenas teníamos sal,
Y a los tientos una ollita;
Pero ahí la misma sustancia
Del manjar lo facilita.

No exige grasa ni aceite,
Pues lo contiene la yema;
Tanto, que si usted demora,
La fritanga se le quema.

Con un poco de cebolla,
Aquello sale un pastel.
Más. ya vuelvo a las penurias,
De lidiar con el infiel.

Solía faltar hasta el agua;
Y aunque a ración fuesen parcos
Debían remediarse a veces
Colando barro en los charcos.

Pero había cosas peores
Que no llegar la remesa,
Como una vez que los indios

Los sitiaron por sorpresa.

A más de que así arrodillados,
Dejó un tendal el encuentro,
Se hallaban sin provisiones
Y con la viruela adentro.

Si no les mandan socorro
A los quince días largos.
No queda ni a quien dejar
Con los últimos encargos.

Pues sepan esos golosos,
Amigos de comilonas,
Que hasta tuvieron que hacer
Puchero con las caronas.

Pobre del que caía enfermo
En semejante jarana.
Si allá era unguento legítimo
Hasta la enjundia de iguana.

Por eso no se admitía
Ni para el trajín de escoba
A esas mismas cuarteleras
Hechas al hambre y la soba.

Pues no era malo el milico.
Pero creía, sí, señor,
Que a la mujer y a la suerte
Las aquerencia el rigor.

Puede ser; mas, para mí,
Cuanto mejor lo escudriño
Así se gloriaba en ellas
La firmeza del cariño.

Era de ver en las marchas
Aquellas pobres mujeres
En cualquier triste matungo,
Con la cría y los enseres.

Y por único recuerdo

Tuvo apenas tosca cruz,
Más de una que entre las pajas
se apeó para dar a luz.

Con funeral de caranchos
Finaba vida tan perra.
Mire que se habrá sufrido
Tormentos en esa guerra.

2

No sé si les advertí
Que a más del vacaje arisco,
Abundaban los vagues
En esos campos del fisco.

Así es que cuando salían
De observación, cada tanto,
Con una arreada al regreso
Sacaban buen adelanto.

Allá marcaba algo el jefe,
Se hacía abasto y remonta,
Y de su flete se armaban
Los que eran de vista pronta.

Una de éstas el mayor,
Aunque contra su deseo,
Tuvo que salir también
Y volvió con mucho arreo.

Ponderaban la porfía
Del yegüerizo bellaco,
Porque era de muy adentro,
De allá por cerca del Chaco.

Daban miedo esos baguales
Al amusgar, con los ojos
Llameando entre las madejas
De la cerda y los abrojos.

Y había potros que al relincho,

Como a toque de clarín,
Embestían emponchados
Hasta el encuentro en la clin.

Entonces ocurrió el caso
Que si entero nadie supo,
do quedó sin aspavientos
En rancho, boliche o grupo.

Pues fue cosa de aterrar
Hasta a los mismos salvajes.
Mas lo que tenga seguro,
Lo narraré sin ambages.

Al otro día de llegar
El mayor, como expliqué,
Se lo vio con el teniente
Salir armados y a pie.

Después que sucedió todo,
Entró a propalar la fama
Que diz que algo se había visto
Entre aquel mozo .y la dama.

Que sin saberlo el mayor,
La cosa empezó a hallar eco
Desde un baile que, al pasar,
Les dieron en el Río Seco.

Cierto es que el teniente, entonces,
Allá se encontró, esperando
Al nuevo jefe que entraba
De relevo en el comando.

Pero aunque esta y otras cosas
Con tal motivo se dijo,
Yo sólo he de relatarles
Lo que aconteció de fijo.

En un cañadón pajoso
Que del lugar poco dista,
Superior y subalterno
Se perdieron a la vista.

Lo que allá pasó se ignora.
Mas asegurarles puedo
Que el primero volvió solo,
Pálido que daba miedo.

Y en presencia de la tropa,
Publicando su vergüenza,
Sacó a la infeliz mujer
Arrastrada de la trenza.

Sin escuchar, enconado,
Sus clamores de perdón,
Enderezó a los corrales
Del ganado cimarrón.

Entre todos los baguales,
Y sobrándolos quizás,
Andaba una yegua blanca
Más mala que Satanás.

Para poder con tal fiera,
Dos hombres allá se emplearon.
Y a dos lazos estirada
Del palenque la apartaron.

Cuando ante el mayor tendida,
Blanqueó el ojo a punto de horca,
Aquel hombre dejó chicos
Los hechos de la Mazorca.

Pues se le vio acollarar
La mujer con la matrera,
Ordenando que aflojaran
Y que diesen campo afuera.

En el cimbrón de los lazos,
No bien cedieron un poco,
Se abalanzó aquella yunta
Con un alarido loco.

Y rompió la disparada,
Desencadenando así,

Corcovos y desgarrones,
Polvareda y frenesí.

Trabada o rodando a trechos,
Iba a tumbarse en los bajos,
Revolcando un torbellino
De miembros, cerda y andrajos.

Pero con nueva arrancada,
Volvían las patas macizas
A rajar chispeando sangre
Sobre el churcal hecho trizas.

Y al largar toda la furia,
Por ahí se alcanzaba a ver,
Desconcertado a porrazos,
El cuerpo de la mujer.

Allá se les turbó el ceño
A los tíos más perdularios,
Y olvidaron los ladinos
Chanzas y vocabularios.

Y pronto no quedó más,
En el silencio infinito,
Que sobre esas tristes playas
El espanto del delito.

Aquella tarde el mayor
Con una tremenda calma,
Mandó ensillar su caballo
Y se alejó solo su alma.

Después por alguien supieron
Que remaneció en el fuerte
De Abipones, mal herido,
Y que allá estuvo a la muerte.

Preso, por fin, lo condujo
El fiscal con la sumaria,
Mas no sé si la sentencia
Fue favorable o contraria.

3

Al poco tiempo, no más,
Estando el hecho presente,
Se habló de una yegua blanca
Que andaba asustando gente.

Ya se había dejado ver
En toda aquella campaña,
Desde el fuerte a los esteros
Donde el Saladillo baña.

A diversos caminantes
Saliéndoles de improviso,
Les dispersó en medio campo
Las tropillas como quiso.

Porque nunca conocieron
Otro animal tan audaz,
Ni de más linda presencia
Ni más chúcaro y sagaz.

Era inútil darle alcance.
Fuese entre muchos o a solas.
Pues como azogue en las patas
Se le escurrían las bolas.

Y hasta uno que le hizo fuego
Con buena pólvora y plomo,
Vio la bala del trabuco
Rebotarle sobre el lomo.

Puede que a esto alguien lo crea
Cuento de mágica rancia,
Porque entre la gente de antes
Era mayor la ignorancia.

Mas no podía caber duda
En cosa tan manifiesta,
Pues nunca se aparecía
Sino al rigor de la siesta.

Y un vecino muy formal
Y de mucho catecismo,
Me contó, bajo palabra,
Que le había salido a él mismo.

Que el caballo que montaban
Era cosa bien sabida
Que se les quedaba ñambi
Para el resto de la vida.

(Lo conocí de baldero
Un sotreta de esa facha
Que así andaba todavía
Con la oreja izquierda gacha.)

Que los de tiro y tropilla,
No bien pegó ella el relincho,
Solían hasta en los remansos
Azotarse a lo carpincho.

Siendo lo más sorprendente
Y que uno a explicar no acierta,
Que se aparecía de golpe,
Aunque fuese en pampa abierta.

En ocasiones salía
De uno de esos remolinos
Que al bochorno del verano
Se forman en los caminos.

Otras veces, más astuta,
Del juncal de algún pantano
Donde, al pronto, entre las garzas
La confundía el paisano.

Pero con mayor frecuencia,
Según bien lo determina,
Punteaba entre los baguales
Como haciendo de madrina.

Al principio, algún baquiano
De esas comarcas remotas,
Solía tentarse a correrla

Por la estampa o por las botas.

Mas, quien lo hacía, era seguro
Que iba a ahogarse en los esteros
O por ahí, comido de aves,
Lo encontraban los camperos.

Hasta que un inteligente
De mucho acierto en las hierbas,
Les explicó al fin las cosas
Aunque con ciertas reservas.

Diciéndoles que acarreaaba
Maldición imperdonable
Andar arrastrando el cuerpo
De una persona culpable.

Y la yegua, según pasa
Cuando así el mal sobrepuja,
Con la pudrición del crimen
Se había de haber vuelto bruja.

Porque resultaba claro
Que ese animal vagabundo,
A la fija debía andar
En penas del otro mundo.

Y que ninguno vería
La yegua desembrujada,
Mientras fuesen insepultos
Los huesos de la finada.

Con lo que, alzarle el encanto,
Era una esperanza necia,
Pues dónde habrían ido a dar
En tamaña peripecia.

Tal vez aplacada un día
Perdone esa alma su agravio.
Así lo dejó entender
Para consuelo aquel sabio.

Por esto el gaucho advertido,

Aunque usted le eche una arenga,
No le corre yegua blanca
Que en la bagualada venga.

Ya a que si anda entre ellas la otra,
No es cuerdo probar fortuna,
Porque todas pueden ser
Y tal vez no sea ninguna.

Así concluyó Juan Rojas
Y nadie lo encontró mal.
Todos su juicio apreciaban
Porque era un hombre cabal.

EL REGALO (A Mariano de Vedia y Mitre)

1

Un año antes de la Patria
-Nueve del mil ochocientos-
Pasó lo que oirán, si logro
Distraerles unos momentos.

Así me apronto a cantar,
Sin pretender maravillas,
Para que vean cómo fueron
Aquellas gentes sencillas.

Gentes de mi pago viejo.
Sencillas, mas nada zonzas,
Y con unos corazones
De mejor ley que sus onzas.

Compasivas con el pobre,
Avenidas con el rico,
Tiene su oportunidad
Esto que ahora les explico.

Pues si padeciendo andamos
El peso de la injusticia,
Es porque en el mundo reinan
La ambición y la codicia.

Mas acábese el preludeo
Y empiece la relación.
Dios me tenga de su mano
Y ustedes en su atención.

2

Había entonces en el pago
Dos amigos de una pieza
Que allá todos mencionaban
Como ejemplo de firmeza.

Juntos se habían criado,
Y en su afección siempre unida,
Hasta el fin hicieron juntos
El camino de la vida.

Apegados uno al otro,
Coma el asta con la moharra,
Donde esté José Bulacio
Se hallará Segundo Ibarra.

No es por sacar consonante.
Perdónenme este reparo,
Que a la amistad del varón
Con la lanza la comparo.

Sólo busco lo que es propio,
Ustedes serán testigos.
Mas sigamos con la historia
De aquellos fieles amigos.

Siendo ya mozos formales
Y cada cual afincado,
De común acuerdo un día
Resuelven mudar de estado.

Así, sus ojos han puesto
Para buscarse consorte,
En dos muchachas vecinas
De buen linaje y buen porte.

A su gusto las eligen.
Una rubia, otra morena,
La que no con la paloma,
Compite con la azucena.

Que en buenas mozas, mi pago
Fue siempre un Edén bendito.
Si yo no me casé allá.
Fue porque salí chiquito.

Pronto se arregló el noviazgo
Con los padres de las dos,
Que sumisas consintieron
Conforme a la ley de Dios.

Pues todas en esos años
Honraban a sus mayores.
Y así, de doncella a esposa,
Nunca las hubo mejores.

El meollo de esta verdad,
No discuto, ni averiguo.
Siempre la veta más noble
Sale del árbol antiguo.

Resueltos los esponsales
Y la dote que acomoda,
Entran a pensar los novios
En el regalo de boda.

Disponiendo que lo fuesen
Dos peinetas de carey
De esas que lucen las damas
En los saraos del virrey.

Trabajadas con primor
En material del más fino,
Para que así correspondan

A tan amable destino.

¡Ah galanes generosos!
Eso es querer como buenos.
Y a fe que sus prometidas
No tienen por qué ser menos.

Como altezas coronadas
Las llevarán al altar,
Causando con sus obsequios
El asombro del lugar.

Pero es inútil buscarlos
En aquellas pobres tiendas.
Porque sólo en Buenos Aires,
Se puede hallar tales prendas.

Ni tentarían a quien confiarse
Por encomienda o encargo.
Pues no hay tropas ni correos
Que hagan camino tan largo.

Con lo que es raro el vecino
De tal lejano paraje,
Que arriesgue hacer, como dicen,
Hasta la corte aquel viaje.

Son sus ciento ochenta leguas
En que hay peligros muy serios,
Con malones de indios bravos
Y cuadrillas de gauderios.

(Así era como llamaban
A los bandoleros de antes,
Azote de las estancias,
Terror de los caminantes.)

En aquellos despoblados
Nadie tiene más recurso
Que su tropilla y su chifle,
Sus armas y su discurso.

Sólo muy contadas veces

En donde hacer noche encuentra,
De no, hay que desensillar
Junto con lo que el sol se entra.

Y como el fuego delata,
Soportar frío y hambrunas.
Pitando bajo del poncho
Y cabeceando en ayunas.

Ahí con el montado a sogá,
O trabada la madrina.
Ni a sacarse las espuelas
El cuerdo se determina.

Ahora cuando anda de noche,
Por el sol u otros motivos,
Acorta riendas y cruza
Sobre el arzón los estribos.

Así no lo agarra el sueño.
Siempre lleva listo el flete,
Si rueda, sale mejor,
Y supera si arremete.

Todo es riesgo en las tinieblas
La luna con todo engaña.
Y el caballo más tranquilo
Se asusta de una pestaña.

Así es prudente que al suyo,
Aunque lo tenga por fijo,
Le arranque usted las bastardas
Cuando lo tuse prolijo.

Pero si hasta a mediodía,
Refieren que en los descansos
Hay baguales que atropellan
Para llevarse los mansos.

Y es tan grande la osadía
De esas manadas audaces,
Que deja a pie en ocasiones
A los hombres más sagaces.

Otras veces las tropillas
El pasto malo les diezma.
Otras, son los temporales
De Santa Rosa y Cuaresma.

Según como entonces haga,
La luna, su ley comporta:
Si está igual de cinco en ocho,
También lo mismo se corta.

Cabal lo dice la letra
Que a un fraile viejo le oí.
Por ser cosa de provecho
Lo voy a poner aquí:

«Si como pinta, quinta,
Y como quinta, octava.
Como principia acaba.»

Cuando así le llueva, deje
Su empresa para después,
Porque, al tenor de la regla,
Puede seguir todo el mes.

Y albergado hasta que escampe,
Si la paciencia no pierde,
Vaya abreviando los días
Entre el churrasco y el verde.

Nada digo cuando abate
Aquellos campos la seca.
Ahí va quedando el tendal
De la caballada enteca.

Cuentan que algunos bisoños
Para siempre se extraviaron.
Siguiendo las brillazones
Que por lagunas tomaron.

Hubo quien logró salvarse,
Ya a punto de irse a barajas.
Diz que con un huevo guacha

De avestruz, que halló en las pajas.

Y hasta se menta un matrero
Que en las salinas remotas,
Tuvo que cargar al hombro
Su ración de agua en las botas.

3

Después que bien lo maduran,
Como es de razón que sea,
Deciden los dos amigos
Llevar a cabo su idea.

Y una linda madrugada,
Montando el pingo mejor,
Echan por delante, al freno,
Dos tropillas de mi flor.

Una es ruana y la otra overa,
Pues quizá por fantasía,
Esos eran los pelajes
Que entonces se prefería.

Si el camino desconocen
Y nunca la corte han visto,
Nada amedrenta al cristiano
Cuando es empeñoso y listo.

Otros por ver esas pompas
Van allá hasta con familia.
Cuantomás dos peregrinos
A quien una estrella auxilia.

Estrella de la esperanza,
Que hasta la hora de la muerte
Jura que quien va con buena
Volverá con mejor suerte.

Así, cuando a verse llega
Desamparado el viajero,
Le da como consolando,

Compañía y rumbo el lucero.

Sólo llevan las alforjas;
Y por lo que ocurrir pueda,
A raíz de carne atados
Los cintos con la moneda.

Pues deseando que se cumpla
Cuanto antes el compromiso,
Para galopar de firme
No alzan sino lo preciso.

Por ser prendas delicadas
Que no aguantan las maletas,
Cada cual habrá de traer
En su trenza las peinetas.

Pues el hombre de esos tiempos
Una y otra cosa usaba,
Que el serenero en la nuca,
Bajo el chambergo embolsaba.

Allá tendrán las que adquieran
Acomodo competente,
Afianzadas con las vinchas
Al contorno de la frente.

Y la corona calada,
Según lo han medido ya,
En las copas de capacho
De sus sombreros cabrá.

Qué no inventa un fino amor
Para agradar a la bella,
Con más razón cuando alcanza
Su merecimiento en ella.

Así lo afirma y consagra
Contra todo impío acecho.
El precioso escapulario
Que cada uno lleva al pecho.

Y ya no habrán de apagarse

Los cirios de la promesa,
Hasta el venturoso día
Del que constante regresa.

4

A buen andar nuestros mozos
Van pasando lo más duro,
Sin descanso. por supuesto,
Pero también sin apuro.

Siempre con media tropilla
Conservada de liviano.
Siempre cebado el trabuco,
Siempre las dagas a mano.

Así salvan diligentes
El trecho más peligroso,
De la posta de Arequito
Al boliche de Reinoso.

Ya han vuelto a darse con gente
Que comedida saluda.
Ya crece el trébol fragante
Sobre la pampa desnuda.

Ya al ras de los campos verdes
Se inquieta airosa la gama.
Y a desde el ombú tupido
Canta el hornero en su rama.

Hasta que una tarde hermosa,
Con los últimos reflejos,
En una ilusión de estampa
Ven las torres a lo lejos.

Por detrás sale la luna
Grande, serena y dorada,
Como a abrirles los portales
De una dichosa llegada.

Y descubiertas las frentes

Al reposo de la luz.
Dan allí gracias al cielo
«Por la señal de la cruz.»

Para entrar frescos y aseados
Según manda la decencia,
Hacen noche en la cercana
Posta de la diligencia.

Y al otro día temprano,
Como que han de volver presto,
Hasta la plaza mayor
De un galopito se han puesto.

Ya el sol ilumina el río
Que alegre encrespa la brisa
Las campanas de los templos:
Llaman los fieles a misa.

Es regalón el pueblera
De todos rangos y castas.
Recién van yendo al mercado
Las negras con sus canastas.

De una, al pasar, toman lenguas
Para andar con más acierto.
La casa en que van a emplear
Ya debe de haber abierto.

Pues ven muchos dependientes
Que le están dando a la escoba
En la vereda que abriga
Los arcos de la Recova.

Allá desmontan pausados,
Y atan a un poste de piedra
Que sobresale en la esquina
De la tienda de Saavedra.

Muy orondo y afeitado
A la puerta se halla el dueño
Sirviéndose de un lujoso
Mate de estilo arribeño.

Con fineza que aminora
Lo arrogante de su facha,
Por ser los primeros clientes
En persona los despacha.

Es que al mirarles la pinta,
Seguramente dedujo
Que deben venir aviados
Y a comprar algo de lujo.

El artículo que buscan,
Lo confirma sin tardanza.
No saldrán de allá sin ello,
Que el negocio es de confianza.

Pues si aparentan desgano,
Se traen ya por bien sabido
Que no hay en plaza ninguno
Más respetable y surtido.

Casa con tres dependientes
De muchísimo ajetreo,
Que detrás del mostrador
Presencian el regateo.

Aunque el tendero, a mi ver,
Ajusta un poco la tuerca,
No hay que fijarse en el costo
Cuando lo bueno se merca.

Y cada peineta, al fin,
Rebajando algunos reales,
Deja en seis onzas y cuarto
Que son cien pesos cabales.

Ultimo precio y vean bien
Que propiamente regala;
Sacando apenas lo justo
Para abonar la alcabala.

Cierran trato, pues, mis mozos,
Y aflojan las peluconas.

La verdad es que las prendas
Son dignas de las personas.

Pero ellos ni que lo notan,
Aunque no se les escapa,
Y el buen humor aprovechan
Para no salir sin yapa.

Así ganan los pañuelos
En que hacen el envoltorio.
Sin cuidarse de que a espaldas
Del patrón, siga el holgorio.

Y dejando que esos vivos
Se diviertan a su costa,
Ahí no más cobran las riendas
Para volverse a la posta.

La misma tarde otra vez,
Y sin dilación alguna,
Han emprendido el regreso
Con el claro de la luna.

Mas no volveré a contarlo.
Por jactarme de capaz,
Pues suficiente es que sepan
Que todo se acabó en paz.

Conque, a los cuarenta días,
Según la cuenta que yo hago,
Tan guapos como salieron
Están de vuelta en el pago.

Sólo mostraban la merma
De tanta andanza y fatiga,
Las tropillas, más cerdudas
Y sumidas de barriga.

Pues los jinetes, apenas
Más curtidos habían vuelto.
Y más cerrados de barbas
En su semblante resuelto.

Allá empezaron a caer
Los curiosos de noticias
Para saber novedades
Y ganarse las albricias.

Unos por la corte indagan,
Otros por los atavíos,
Que si el fraque y el mantón,
Que si el puerto y los navíos.

Mas ellos nada responden,
Malogrando así el suceso,
Porque en su afán de volver
Ni repararon en eso.

Mientras todos se hacen cruces
De semejante pachorra,
No hay chanza que los ofenda
Ni reproche que los corra.

Y uno de los dos, cortando
Por conclusión la protesta,
Que cuándo y que han ido allá
De diversión, les contesta.

Pero quienes en lo justo
Valoran aquel afán,
Son las dos que alborozadas
Esperándolos están.

Porque si al amor, señores,
Con razón lo pintan ciego,
No habían podido ofrecerles
Prueba mejor de su apego.

Constancia que por sincera
Su propio mérito ignora.
Este es mi leal parecer...
Ustedes dirán ahora.

Pues aquí se acaba el cuento,
Sin más, como es menester.
Sólo justicia les pido

Si cumplí con mi deber.

EL MALEVO
(A Julio Piquet)

Aunque a rigor esta vez
La ley del canto me toque,
Les narraré el sucedido
Del gaucho Jacinto Roque.

Tal condición de mi letra
Puntualmente determino,
Porque es, con perdón de ustedes.
La historia de un asesino.

Colijan de ahí la intención
Que sin mengua se motiva.
La cordura, para honrada,
Debe ser opinativa.

No porque la calle el bueno,
La maldad sus cuentas salda.
Como la perra traidora
Muerde al que le da la espalda.

En lo amable y en lo cruel
La Providencia es pareja.
Y de la misma flor saca
Miel y ponzoña la abeja.

Pero culpas y delitos
En el canto se redimen
Cuando triunfa la justicia
Con el castigo del crimen.

Esto es lo que me propongo,
Y apelo a la gente hidalga.
Si la suerte no me ayuda,

Que su indulgencia me valga.

1

En el pago conocido
Por Cañada de la Cruz,
Dicen que Jacinto Roque
Noramala vio la luz.

Huérfano, y por compasión
Que yo meritoria encuentro,
Lo criaban en una estancia
Como muchacho de adentro.

Posesión de los Cabrales.
Gente de respeto y ley.
Esto que ahora les relato
Pasó en la época del Rey.

Para mayor certidumbre
Preciso es que a ella remonte.
Gobernaba en esos años
El marqués de Sobremonte.

Y ahora, volviendo a Jacinto
Pongamos, si alguien lo exige,
Que andaría en los dieciséis
Por los años que les dije.

De los finados sus padres,
Nada sé ni hay quien lo sepa,
Mas, a mi ver, no es dudoso
Que nació de mala cepa.

Siempre se mostró matrero
Como pollo de perdiz.
A la fija fue pecado
De una chinita infeliz.

Que no es por hablar mal d'ellas
Pero casi nunca evita
De hallar desgracia en la gracia

La que sale donosita.

Porque las pobres, en esto
De padecer el amor,
Son como la marimoña
De prontas para la flor.

Desde pequeño, y no más
Que de oír lo que se conversa
Mostró su instinto el muchacho
Con una maña perversa.

Vale la pena contarlo
-Tal vez fue cosa de hechizo
Para que sepan por una
Todas las veces que lo hizo.

Come solía acostumbrarse,
Las noches de luna llena,
Con los peones en el patio,
Tomaban juntos la cena.

Sentados allá en el suelo,
Rodeando la olla panzona,
Cada cual con su escudilla,
Del potaje se raciona.

Este retruca una chanza.
Aquél un refrán endilga.
No falta moza que, al cruce,
De un piropo se remilga.

Cuando, de lo bien que están,
Salta el muchacho el fogón,
Empuñando el mangorrero
Con desvariada ilusión.

Y haciendo cortes y quites
Al aire, carga gritando
“¡La Justicia! ¡La Justicia!
¡No me doy! ¡Muerdo peleando!»

Así por el patio solo,

Lleva su acción decidida,
Como si se entreverara
De veras con la partida.

No hubo reto que pudiese
Con su arrebató tenaz
Hasta que le ató las piernas
De un guascazo el capataz.

Allí se quedó tirado,
Como aquel que se echa a muerto
Aguantando los azotes
Sin una queja, por cierto.

Después anduvo unos días
Como ido de la cabeza,
Aunque esto lo haría, quizá,
De emperrado en su rudeza.

Mas, ni consejos ni sobas
Lograron quitarle el vicio,
Pues volvía de cuando en cuando
A cometer su estropicio.

Que eso había de acabar mal,
Cualquiera se lo figura,
Pues así mismo pasó,
Y ahí comienza su aventura.

2

Aconteció que el patrón,
No sé por qué circunstancia,
Una noche de verano
Volvía ya tarde a la estancia.

Para no dar con su arribo
A deshora una molestia,
Decidió acostarse al raso
Poniendo a sogá la bestia.

Desensilló en un faldeo

Limpio de cascajo y yuyo,
Y a la vista de las casas
Se durmió como en lo suyo.

Asomaba ya el lucero,
Cerca de la madrugada,
Cuando se despertó herido
De alevosa puñalada.

Y al volver en sí, maltrecho,
Columbró que, cuesta arriba,
Jacinto Roque en persona
Con el caballo se le iba.

En vano busca su daga
Pues resulta que el bandido
Se le ha sacado y, dejuero,
Con ella misma lo ha herido.

Nunca volvieron a verlo;
Mas, de allí a los pocos días,
Alzado por esos montes
Empezó sus fechorías.

Siempre solo como el tigre,
Dominó por muchos años
El viejo carril del Norte
Y los campos aledaños.

Con lo que, en varios parajes
Debía tener de repuesto,
Caballos bien escondidos
Y otras pilchas por supuesto.

Acaso a los informantes
Despistaba así también,
Visto de diversos modos
Según adónde y por quién.

Nadie le encontró guarida
Ni pudo cortarle huella,
Ni tentarlo como suelen
Con la taba o la botella.

Pues, no saliendo a poblado,
Jamás cayó en lo imprevisto,
Porque es en la pulpería
Donde se pierde el más listo.

Con ese arte malograba
Fuerzas, noticias y aprontes,
En la soledad del crimen
Y lo espeso de los montes.

Debió más de treinta muertes,
Sin perdonar en su saña
Ancianos ni criaturas
Con terror de la campaña.

Poco robaba en sus lances,
Y jamás era dinero
Sino bastimento y prendas
De la ropa o el apero.

Así lograba surtirse
Sin recurrir a la tienda,
Y en esos campos de engorde
Sobraba entonces la hacienda.

Contaban que una ocasión
Como dueño del terreno,
Va la partida y lo encuentra
Carneando a monte un ajeno.

Ya por habido lo dan
Al sorprenderlo de a pie,
Allá a lo lejos pastaba
Su famoso pangaré.

Pero no bien suena el tiro
Que un apurado le yerra.
El flete acude a su lado
Dispuesto para la guerra.

Con su cuerpo lo protege,
Tan valiente como fiel,

Porque le tenía enseñado
A pelear junto con él.

Bufándoles a las balas.
Y aunque alguna lo lastima,
Arrolla a pata y a diente
Con todo el que se aproxima.

Hasta que el gaucho, de pronto,
Lo salta en pelo, y al grito.
Con un trabucazo a tiempo
Cubre su escape el maldito.

3

Sólo por casualidad
Hubo quien con él hablase,
Y es de creer su referencia
Porque fue un hombre de clase.

Iba el tal para Quilino,
Creo que a tratar unas vacas,
Habiendo despachado antes
A su peón con las petacas.

Hacía mucho que en el pago
Nada advertían de hostil.
En eso, allá d'entre el monte,
Salió un paisano al carril.

Montaba un picazo altivo,
Animal de linda estampa.
Llevaba espuelas de hierro,
Poncho puyo y vincha pampa.

Cerrada la barba negra,
Y el pelo atado, aunque mal,
En una trenza greñuda
Como cola de bagual.

Saludó con entereza,
Y como era entonces de uso,

A la par del que venía
Sobre la marcha se puso.

Y atendido a igual confianza,
Que lo aviase le pidió
Con un poco de tabaco
Porque a él se le concluyó.

Generoso el caminante
Como quien más bien regala,
Le hace parte por mitad
Del que lleva y de la chala.

Así, pitando, los dos
Trotan juntos un buen trecho
Hasta que el gaucho sujeta
Al enfrentar un repecho.

Sin dar al otro la mano,
Como en tal caso se estila,
«Aquí voy a separarme»,
Le dice con voz tranquila.

»Y para que usted valore
La fineza que le debo,
Habrá de saber que soy
Jacinto Roque el malevo.

»No le perdono la vida
Por un poco de tabaco,
Sino porque dio conmigo
El día en que a nadie ataco.

»Jamás conocí cariño
De varón ni de mujer.
Mi único amor es la sangre
Que matando hago correr.

»No respeto, corno saben,
Mamón ni viejo caduco,
Y me doy mi propia ley
Con mi daga y mi trabuco.

»A la facción de la fiera
Soy enemigo del hombre;
No un cuatrero de los tantos
Que por ahí toman mi nombre.

»De ahora en más, con su escapada,
Van a saberlo, ¡caray!
Porque a son de este Jacinto
Muchos Jacintitos hay.

»Quédele al presente día
De misericordia, grato
Que por ser el de la Virgen
Sólo en sábado no mato.

»Váyase sin darse vuelta,
Hágalo con rapidez,
Y quiera su buena suerte
Que no me tope otra vez.»

Bien que el hombre no era flojo
Se sometió a ese dominio,
Comprendiendo lo que estuvo
De cercano su exterminio.

Pues decía que al intimarlo
El malhechor, de tal suerte,
Vio de soslayo en sus ojos
La luz mala de la muerte.

Que era un resplandor fatal
Como el que en la noche calma
Sale de la pudrición
Con el tormento del alma.

Así en la del condenado
Se revelará el infierno.
Pero éstas son teologías
En las cuales no me interno.

Con ese y otros motivos
Cundió tal susto en el pago,
Que el Gobierno, a toda costa
Quiso acabar el estrago.

Y contra su autor salieron
Cinco partidas por junto,
Bajo la orden terminante
De traerlo vivo o difunto.

Mas, al sentirse copado
Sin haber lugar a dudas,
Para no hacerles el gusto
Se lió la muerte de Judas.

Así hubieron de encontrarla,
Como el falso a quien se nombra,
Ahorcado con su cabresto
De un molle de mala sombra.

Con verdugo tan cabal,
No tuvo ya la justicia
Más que asentar, otrosí,
Su contumacia y malicia.

Y hacer reparto ejemplar
De sus despojos mortales,
En las cinco encrucijadas
De cinco caminos reales.

Brazos, piernas y cabeza,
Cada cual en su picota,
Con un letrero apropiado
Que la sentencia denota.

A ese tenor fue clavada
La cabeza sobre un leño,
En el lugar que llamaban
El Paso del Santiagueño.

Visto que al ser de esos lados
El criminal, la sentencia
Les daría para escarmiento

Semejante preferencia.

Algunos meses después,
Encontrándose de viaje,
Dos vecinos de mi pueblo
Llegaron a aquel paraje.

A trasmano les quedaba,
Mas su rodeo me explico,
Porque era que al salteador
Lo conocieron de chico.

La cabeza y que ya estaba
Con el cutis sobre el hueso,
De un color de chala vieja
Pero todavía ileso.

Con los párpados sumidos
En un misterio profundo,
Y como enredada al pelo
la sombra del otro Mundo.

Y con las tamañas barbas,
Que en un gesta singular,
Al movérselas el viento
Parecía que fuese a hablar.

Que no la comió el carancho,
Sin duda por la costumbre
De preservar tales restos
Salándolos con alumbre.

Y que al regreso notaron
Con un asombro tremendo,
Que ya el cabello y la barba
Le estaban encaneciendo.

No dudo que ve visiones
Quien turbado se amedrenta.
Así lo contaron ellos.
Esto corre por su cuenta.

Para salir de testigo

No tengo ya facultad.
Sólo puedo asegurarles
Que eran hombres de verdad.

EL RESCATE

(A Carlos Obligado)

1

A la Virgen de mi pueblo,
Corno si estuviera viva,
Los más viejos, por cariño,
La llamaban la Cautiva.

La razón les daré al punto.
Y fue que en cierta ocasión,
Cautiva se la llevaron
Los indios en un malón.

Esto aconteció, señores,
Que es historia y no embeleco,
En la Villa de María,
Curato del Río Seco.

A la población nombrada
La fundó, y entonces era,
Ese virrey Sobremonte,
Para guardia de frontera.

Y la villa con su fuerte,
Como patrona tenía
A la Virgen del Rosario;
Por eso era de María.

El marqués le concedió
En tierra del real dominio,
Un ejido escriturado

Y aquel santo patrocinio.

Por lo cual, desde la plaza,
Una legua a todo viento,
El campo es de pan llevar
Conforme a tal documento.

El fuerte y que era de foso,
Pirca y tapial, en la falda
De un cerrito mangrullero
Con el arroyo a la espalda.

Buen corral de palo a pique
Tenía, además. en el centro.
Y para casos de apuro
Su pozo de balde adentro.

Completaba la defensa
Una ranchería baja.
Toldada de cuero crudo
Sobre los techos de paja.

Conque así al punto dejase
Rodar la bola perdida
En que ataba el indio mazos
De chamarasca encendida.

El armamento eran ocho
Fusiles de cazoleta
Y otras tantas tercerolas
Con forniture completa.

A más de los pocos sables,
Si salían de escaramuza,
La ordenanza facultaba
Trabuco, facón y chuza.

Pues siendo veinticinco hombres
Escaseaban los pertrechos.
Aunque todos se mostraban
Resueltos .y satisfechos.

Lo esencial es en la guerra,

Que el varón se tenga fe;
Y éstos fueron de los caris
Que ya una vez les conté.

Así es que su nombradía,
Hasta en el fondo del Chaco,
Causaba recelo al toba
Y era el terror del mataco.

Tres años en paz llevaban,
Todo iba a pedir de boca,
Mas, siempre, con el infiel,
La vigilancia era poca.

No debía descuidarse
Noticia o señal ninguna,
Y había, que andar prevenido
Cuando iba a llenar la luna.

Es que los indios no entraban
Sino en el segundo cuarto.
Para marchar con la noche,
Que así aprovechaban hartos.

Pues aunque reine la luna
Desde la oración al alba,
No se ve la polvareda
Y el malón trota a mansalva.

2

Sucedió, pues, que una de éstas
Llegó un chasque de importancia
Que desde el Corral del Rey
Mandaba la comandancia.

Que andaban por dar los indios
Dijo el propio, que era ducho,
Porque esos campos de arriba
Se estaban moviendo mucho.

Que se ha visto disparar

Baguales a trochemoche,
Y se siente paso de aves
A deshora de la noche.

Y que ellos, en descubierta,
Para indagar el asunto,
Con rumbo a Chañar-Esquina
Deben de salir al punto.

De puro listos que son
Y en lo empeñoso parejos,
Aquella vez no se quedan
En el fuerte ni los viejos.

Y como que cada cual
Sabe lo que le concierne,
Es de ver cómo se arreglan
Desde el más blando al más terne.

Tamango o bota de potro
Sobre el tobillo arrollada.
A garrón pelado algunos
Llevan la espuela calzada.

Muchos en botón estriban;
Y así más suelta en su cierro,
Al compás del trote largo
Canta la estrella de hierro.

A medio muslo acortados
Calzoncillo y chiripá,
Como para esas boleadas
En que a rigor se entrará.

Van en mangas de camisa,
Desnudo hasta el codo el brazo.
Con vinchas y sereneros
Dan a sombrero reemplazo.

Algunas hay coloradas;
Y el jefe lleva, por pique,
Una con borlas que él mismo
Supo quitarle a un cacique.

Es el alférez Meriles,
Baquianazo en los degüellos.
Mas, sigamos con los usos
Y equipo de todos ellos.

Tres pares de boleadoras
Se envuelven a la cintura;
Y después, según la tienen,
Cada cual su arma procura.

Las de fuego, aun cuando ya
La vejez, las descalibra,
Son veinte entre tercerolas
Y naranjeros de a libra.

Va el apero sin carona,
Y por blandura hace el gasto
Un cuerito de borrego
Que cubre apenas el basto.

Bozal, maneador y riendas,
Son como para la doma,
Pues hay que ensillar a veces
Lo primero que se toma.

Guardamontes de campear,
Por si hay que volver hacienda,
O a dormir en los pantanos
Los obliga la contienda.

A más que contra rigores,
De espinas, viento y escarcha,
Tal vez mejor que la bota
Lo libran a uno en la marcha.

Aunque ya entró Junio, a nadie
Dormir al raso preocupa;
Pero junto al chifle llevan
Un ponchito de gurupa.

Más bien es para las armas,
Si acaso llueve o serena,

Pues en campaña es el trago
Lo que quita frío y pena.

Así, gorjeando en los chifles
Va la caña corajuda.
Algunos la cabecean
Con pólvora, menta o ruda.

Aguadas no han de faltar.
Y si la sed los asedia,
Con la raíz de la *alpa-sandia*
Muy bien que usted se remedia.

Atan, por fin, como avío
Al fiador del bozal,
Un charqui doblado en cuatro
Y una bolsita de sal.

Con más que llegando al río
Abunda el peje de agallas,
Y venados y avestruces
Sobrarán para vituallas.

Así enderezan livianos
Y prontos a su objetivo,
Relumbrándoles las armas
Al cinto, espalda y estribo.

Una alegría fragante
Se levanta de la tierra,
Y el viento afila en las chuzas
El aullido de la guerra.

3

Pero mientras ellos iban
A coparla por la pampa,
Cata ahí que la indiada intrusa
Los burló con una trampa.

Pues sin evitar la sierra
Como siempre, de un rodeo.

Esa vez se les habían
Corrido por el faldeo.

Dejuo y por la ocurrencia
-Que eso es ardid de cristiano-
Algún matrero llevaban
De bombero y de baquiano.

Tal vez era un desertor
Que acercándose con maña,
Coligió que andaba ausente
La guarnición en campaña.

El caso fue que los indios,
Sin que se supiera cuándo,
En la plaza aparecieron
Los fletes remolineando.

Hasta la perrada huyó
De su alarido horroroso.
Apenas tuvo la gente
Tiempo de ganar el foso.

Usaban chuza sin fierro
-Que por esto llaman seca-,
Boleadoras y macana
Colgada de la muñeca.

Temblar las puertas hacían
A los golpes y porrazos.
Y los techos, con las chuzas,
Levantaban a pedazos.

Pronto comenzó el saqueo
De las casas así abiertas.
Otros, de malos, entraban
A hacer destrozo en las huertas.

Y a un chiquito que en la cuna
Con el apuro dejaron,
En las chuzas dos salvajes
Por juego lo barajaron.

Debían de ser guaycurús
Esos dos por lo perversos,
Pues siempre en las invasiones
Entraban pueblos diversos.

Matacos de quien decían
Que se les notaba rabo.
El guaycurú rencoroso
Y el mocoví triste y bravo.

Y hasta algún toba grandote,
Que a más de la jerigonza,
Se advertía porque ostentaba
Coletos de tigre o de onza.

El resto andaba desnudo,
Sin más prenda que la vincha
Y el taparrabo de cháguar
Ajustado como cincha.

Del mismo ramal tejido,
Iba colgando de allí,
Un bolsillo en que cargaban
El yesquero y el ají.

Llevaban algunos jefes
Las caras, según el grado,
Rayadas bajo los ojos
De azul y de colorado.

Y sintiesen el hedor,
Más fuerte que cualquier otro,
Por la costumbre de untarse
Con grasa de anta o de potro.

Sedientos iban los tapes,
Y frente a las tiendas solas,
Pronto quedaron vacías
Limetas y cuarterolas.

Entonces sí que el asunto
Fue entrando de mal en peor,
A medida que los cascós

Les calentaba el licor.

Dos se toparon a chuza
Y a macana otra pareja,
Por cualquiera chuchería
O alguna rencilla vieja.

Otros rayaban los pingos
A orillas del foso abierto,
Convidando a las mujeres
A seguirlos al desierto.

Y al brindarles el caballo,
Con una palmada al anca,
Rubia gustando-decían-
Golosos de carne blanca.

Ah pillos, hijos de tal,
No los picaba mal bicho;
Pero aquella vez tuvieron
Que tragarse su capricho.

En eso, uno que sería
El más dañino y feroz,
Los llamó desde la iglesia
Con la chuza y con la voz.

Tanteó a golpe de contera
La puerta de la capilla,
Y sentando al pingo de ancas
La rajó como una astilla.

Suerte para el cura fue
Que días antes, en su mula
Saliera a hacer la cobranza
De los diezmos y la bula.

Porque allá en el mismo templo
Llevó a su colmo el salvaje,
Ya que matar no podía,
La osadía y el pillaje.

A caballo se metieron,

Y entre el sarcasmo y la bulla
Diz que uno bailaba, puesta
Como poncho la casulla.

Manotearon avarientos
Cuanto pudieron cargar,
Y por fin hasta a la Virgen
La bajaron del altar.

Como hartos ya de saqueo,
Les empezaba a entrar prisa.
La envolvieron con sus prendas
En el mantel de la misa.

Entre despojos y trastos,
Uno a su costal la echó,
Y satisfecha la indiada
Para los toldos rumbeó.

Y si el pueblo no quemaron
Al emprender el regreso,
Sería por no delatarse
Con ese humo tan espeso.

O tal vez porque la Virgen,
Hasta en la cautividad,
Lo amparaba todavía
Con su amorosa piedad.

4

Cuando los caris, de vuelta,
Se hallaron en el percance,
Su aflicción y su despecho
No hay quien a explicar alcance.

Todo les llora miseria.
Todo les clama venganza.
Aquella es deuda que exige
Saldarse a punta de lanza.

No hay que perder un instante

Si la cuenta ha de ser pronta.
Así es que sólo se apean
Para mudar la remonta.

Los indios deben llevarles
Unas dos jornadas largas.
Mas también irán pesados
Con el arreo y las cargas.

De suerte que han de marcharles,
Aunque ni un caballo vuelva,
Sobre al rastro, antes que lleguen
A dispersarse en la selva.

Pues junto con el encono,
Por demás los abochorna,
Que a la Patrona les lleven
Cautiva como por sorna.

Con lo que al dar contramarcó
Y aunque el hambre los abate,
Juran no probar bocado
Mientras no se la rescate.

Fija entre Norte y Naciente,
La invasión no los despista,
Y sin tardanza le llevan
La rastrillada a la vista.

Pronto comienza a notarse
Que contra esa indiada hereje,
La Virgen, según esperan,
A sus devotos protege.

Como siempre, el dos de mayo,
Ni tempranos ni tardíos,
Con la helada de la Cruz
Han empezado los fríos.

Cuatro meses habrá seca,
Pues la regla es rigurosa:
Si hiela para la Cruz,
No llueve hasta Santa Rosa.

Cuando, lo que sólo pasa
Un año de cada diez.,
Viene la luna y en junio
Hace con agua esa vez.

La tarde entró lloviznando,
La cerrazón la encapota.
Ya los primeros chañares
Tienden su ceja remota.

Claramente han comprendido
Que eso es ayuda divina,
Porque los indios no arrear
Cuando hay garúa o neblina.

Ya es difícil que la presa
Se les escape o esconda;
Que al oscurecer lloviendo
Tendrá que hacer alto y ronda.

Seguirán, pues, con la noche,
Sin darse descanso alguno,
Que tampoco necesitan,
Puesto que marchan de ayuno.

Pero entonces, al cerrarles
Esa oscuridad inmensa,
En tomar las precauciones
Que son de rigor, se piensa.

Manda el alférez que el sable
Bajo la pierna se oprima,
Y toda rodaja quede
Maneada con la alzaprima.

Que ceben las cazoletas
Y revisen los rastrillos,
Y no quieran a destiempo
Tentarse con los cuchillos.

“Pena la vida el que fume,
Aunque bajo el poncho sea.”

(Pues por lo visto el alférez
No entiende mal su Perea.)

Y en las jergas retaceadas
Aforran, como es sabido,
Los vasos de los caballos
Para evitar todo ruido.

Cada hombre, con su recelo,
En el poncho se agazapa,
Y como un llanto callado
La garúa los empapa.

Y en aquellos tristes campos
Que tanta amenaza puebla,
Con la sombra de las almas
Va creciendo la tiniebla.

Pero, de repente, en gozo
Se cambia la pesadumbre,
Porque allá entre el chañaral
Han notado una vislumbre.

Aunque arde y se apaga
Tras de la arboleda rala,
Como no muda de sitio,
No debe ser la luz mala.

Acaso ya con treinta horas
De ir marchando sin sosiego
Los indios se habrán creído
Seguros para hacer fuego.

Pues de no, en un hoyo que abren,
Y ahogando el humo con grama,
Suelen armarlo de huesos
Que arden fuerte y no echan llama.

Y esos dos tan decididos
Y listos en el apronte,
Son el alférez Meriles
Y el sargento Bracamonte.

Poniéndose a contraviento,
Ni un yuyo su arrastre quiebra.
En el pajonal se escurren
Con astucia de culebra.

Allá cuando iría siendo
El primer canto de gallo,
Junto al chañaral columbran
Un centinela a caballo.

Clavada su lanza en tierra,
Escucha atento el infiel,
Pegando la oreja al palo,
Si retumba algún tropel.

Tendrán que matarlo ahí mismo,
Parque si pasan, no más,
Al dárselos vuelta el viento,
Puede sentirlos de atrás.

Sobre rienda y anca a un tiempo,
Le saltan a aquel maldito,
Y en un verbo lo degüellan
Sin que alcance a dar un grito.

Dejan atado el caballo
Para servirse a la vuelta,
Y en su desempeño siguen
Con voluntad más resuelta.

Como tres cuadras al Norte,
Con el campamento dan.
A la distancia, en la sombra,
Cumple la ronda su afán.

Debe ser ronda cruzada,
Como siempre que hay tormenta
Y la hacienda va porfiando
Poco entablada o sedienta.

Los más de los tapes roncan
Borrachos ya sin remedio,
Dentro de un cerco de lanzas

Con una fogata al medio.

Los del relevo que son
Cinco, echados en el suelo,
Están comiendo un asado
Para engañar el desvelo.

Pero lo que a nuestros dos
Con más asombro impresiona,
Es que junto al fuego ven
La imagen de la Patrona.

Paradita allá entre el barro,
Por suerte que no se explica,
Aparenta hallarse triste
Y haberse vuelto más chica.

Tiene el pelo algo enredado,
Mas se halla sin deterioro,
Con su corona de plata
Y sus caravanas de oro.

Y al echarle la fogata
Los últimos resplandores.
Parece que está temblando
Frente a aquellos malhechores.

La habrán sacado tal vez
Por burla o como juguete,
Porque a ratos, de las sobras,
Le tiran algún zoquete.

Tomá, Virquen María, dicen
Invitándola a que cene,
aquel hipo tan feo
en vez de risa les viene.

Sin ser sentidos los *caris*,
Después de ver lo preciso,
incorporarse a los suyos
Regresan con el aviso.

Cuando los indios acuerdan,

Es ya tarde, y el estruendo
De la descarga, en los campos,
Rueda como eco tremendo.

Ahí las pagaron por junto,
Pues se hizo buena justicia.
Sólo dos o tres lograron
Escapar con la noticia.

A pesar de su derrota,
No buscaron acomodados.
Allá en el cerco de lanzas
Murieron peleando todos.

Mas, lo sorprendente fue
Que después del entrevero,
Se halló a la Virgen parada
en traje limpio y entero.

Yo no les quiero decir
Que esto se debió a milagro,
Pues solamente lo visto
A narrarles me consagro.

Lo cierto es que largo tiempo
Se comentó aquella historia,
Y que el degüello, eso sí,
Dio a los caris mucha gloria.

Hazañas y ecos llegaron
Al más remoto fortín.
Pero, ya es tiempo, señores,
Que estas coplas tengan fin.

LAS CARRERAS

(A Alberto Güiraldes.)

Año de setenta y cinco,
Y en la Villa de María,
El veinticinco de julio
Grandes carreras había.

Tal vez el día eligieron
Por ser, entre esos domingos,
Fiesta de Santiago Apóstol,
Patrón de los buenos pingos.

Pues no faltó quien dijese
Que el cura y el juez de alzada,
Llevaban, aunque de afuera,
Parte en la depositada.

Cayeron hasta paisanos
De los remotos que hay.
Que a poblado no salían
Desde esa del Paraguay.

Con razón en todo el pago
Se habló de aquellos sucesos;
Que el depósito que dije
Fue de mil quinientos pesos.

Mil quinientos pesos fuertes
Y diez bueyes palancones,
Para rayar más o menos
En los dos mil patacones.

Pues tahúres fueron esos
De poner todo su haber
A las patas de un caballo
O a los pies de una mujer.

Y los parejeros fletes,
Que según hombres de estima,
Eran de jugarles todo
Y hasta algún pagaré encima.

Allá viene el malacara
Que es crédito del lugar.
Goyo Ardiles lo compuso,
Que sólo le falta hablar.

Goyo Ardiles ha dormido
Tan mal, que ya tiene fiebre,
Cuarenta noches al raso
Para cuidar el pesebre.

Al cotejo delicado
De los vareos que ordena,
Le aplica el tiempo del Credo,
Y un poronguito de arena.

Aunque es antes de aclarar,
Pone a su hijo de mangrullo;
Y de vuelta, sobre el rastro
Va arrastrando un poncho pullo.

Y es hombre que no descuida
Ni el conjuro para el mal,
Con un gajito de ruda
Que atraviesa en el morral.

El negro Domingo Flores
Va a correr el malacara.
Lo trae a pie, de la rienda,
Como si lo reservara.

Siempre charqueado de risa
Como para un loco el morro,
En largadas ventajeras
Sabrá engañar al más zorro.

De eso es la marca estrellada
Que en la frente se le nota,
Aun cuando con picardía
La embarulla entre la mota.

Pues para falsear partidas
Nunca hubo otro como aquél.

Dicen que adquirió esas mañas
En los toldos del infiel.

Lo cierto es que fue cautivo;
Y al fin, de un malón en otro,
Hasta el fortín de La Viuda
Logró cortarse en un potro.

Picado de la viruela
Que entre los indios es brava,
Zarandilla, por mal nombre,
La población le llamaba.

Pero, eso sí, en escondidas;
Que era de mal genio el pardo.
Y ocasionado al encono
Como la espina del cardo.

Por entre sus piernas corvas
Pasa colgando el talero.
En el blancor de la rienda
Cabrestea el parejero.

Alto y delgado, solivia
Tan suelto el trance, que al paso
Más de un jeme en la pisada
Medirá de vaso a vaso.

Cerca, en un cantón de taba
Donde ya se juega fuerte,
Su dueño, don Braulio Caro,
Se apea a tantear la suerte.

Así, entre tiros y esperas,
Quizá un ansia disimula.
En los silencios se oía
La coscoja de su mula.

El solcito de la siesta,
Sin una nube al contorno,
Como un pan bueno, parece
Recién sacado del horno.

Y sobre el grupo que acude
Junto a la raya a lo lejos,
En los chapeados sablea
Su entrevero de reflejos.

Ahora con Baudilio Vivas
Mano a mano tira el cura,
Como gurupa arrollada
La sotana en la cintura.

El mozo, cuya es la taba,
Cuando espera juega más;
Pues, con licencia de ustedes,
Será culera quizás.

Pero el cura que no topa
Las pullas con que lo asedia
Maliciándole el recurso
La tira de vuelta y media.

Y a cada suerte que clava,
Sostiene el santo varón,
Que es porque del otro lado
Se ofende la religión.

Mas, ya la gente contraria
Se acerca a la cancha, junta.
El oscuro que trajeron
Viene tomando la punta.

Al trotar, se cruza un poco;
Y el corredor que lo monta,
Lo recoge, engatillado,
Como una pistola pronta.

Tiene firmes los cuadriles,
La cruz alta, ancho el encuentro,
Con sus ollares sajados
Como tizones por dentro.

Pues parece que se sabe,
Y esa adición bien lo estampa,
Que en una entrada a los indios

Se lo quitaron a un pampa.

Pide riendas altanero,
Y hasta que así se desfogue,
El trío le cosquillea
Su refusilo de azogue.

En un cebruno tranquilo
Capitanea aquel bando
Un viejo patillas moras,
Hombre de respeto y mando.

Lleva capa militar
Y galera de barbijo;
Y en su recado arribeño
Se empina estribando fijo.

Y está escrito en el trabuco
Que en sus alforjas se ve,
Soy de Francisco B. Luna
Que dice *Borja* en la *B*.

Lo escolta un gaucho de manta
Grande, moreno y barbudo,
Que en sus botas granaderas
Lleva bordado el escudo.

Y en la oreja izquierda un a
De cobre relumbrador,
Que remacha la firmeza
De un compromiso de amor.

Ese era el que, la noche antes,
En un fandango había dicho
Que el oscuro iba, a la fija
Porque tenía gualicho.

Y que hasta agarrado a campo
O enfrenado en el palenque,
Era de cortar a luz
Sin asentar el rebenque.

Pero vaya uno a confiarse

De oír, así, a troche y moche,
Bolazos de hombre bebido
Como estuvo aquél anoche.

El grupo, hasta una ramada
De jarilla, se recuesta,
La armó allá la vieja Trini
Que había caído a la fiesta.

Con vendaje de empanadas,
Chorizos y golosinas,
Y tres chinitas lindonas
Que daba por sus sobrinas.

Como anda aviada la gente,
Por allá también hay banca,
Y el ciego Nabor se porta
Cantando en su arpa lunanca.

Y con la copla sabida,
Dedica su cantilena:
Reciba Don Borjas Luna,
Cogollito'e yerba buena.

En eso, a hacer las partidas.
El juez los bandos exhorta,
Que el sol de mitad de invierno
Más de tres varas se acorta.

«Carrera depositada
No se corre con sol puesto.»
El paisanaje, en un pronto.
Para ver bien se ha dispuesto.

Mas, ya a las cincuenta justas
Van llegando las quartetas.
Qué podrán decir ustedes,
Y cuánto más esos poetas.

Lo cierto es, señores míos,
Que carrera tan lucida,
Nunca a largarla alcanzaron
Por trampeada o desistida.

La causa de aquel suceso
También la he sabido yo.
Acaso les cuente un día
Por qué nunca se corrió.

LOS TAHÚRES
(A Mario Sáenz)

1

Corrían los patacones
Y entre ellos más de una prenda,
Sobre la jerga tendida
De carpeta en la trastienda.

La trastienda en que apilaba
Surtido y frutos de acopio,
uadalupe Barrionuevo
Don Guado, sí, pues, el propio.

Cauteloso el hombre, armaba
La tertulia con reserva,
Como haciéndole lugar
Entre los tercios de yerba.

Pues noche a noche sin falta.
Por ser de afición segura,
Si no caía el comandante,
Entraba a tallar el cura.

Más que al tendero le diesen
El mismo diablo por socio,
Al ver que en todos los ramos
Atravesaba el negocio.

Y que para él nunca había
Quiebra, trampas ni epidemia,
Porque sólo Satanás
Así su servicio premia.

La casa prestaba al doce,
Claro está que sobre empeño,
Y algún pagaré aceptaba
Llevando la banca el dueño.

Allá rodaba de todo:
Chirolas, cóndores, soles,
Desprendidos de las rastras,
Viejos duros españoles.

Y hasta alguna pelucona,
Siempre noble en su ley fija,
De aquellas que los antiguos
Enterraban en botija.

Y qué diré de las prendas
Con que más de un gaucho rico
Podía, en plata labrada,
Llegar a la arroba y pico.

Había también reñidero
En una ramada fresca.
La entrada era con desarme
Para evitar cualquier gresca.

Y para formalizar
Las carreras con depósito,
La tienda facilitaba
Papel sellado, a propósito.

Esa ocasión que les digo,
Andaba el cura en la mala.
De ahí dimanó la trifulca
En que de guapo hizo gala.

Gauchazo en los menesteres
Del lazo y hasta la doma,
Decían por allá que no era
De ocasionarlo ni en broma.

Pues ya en algunos percances
Famosos en la comarca,
Más de un terne entró orejano

Para salir de su marca.

Y a tres que una vez, dormido
Lo asaltaron, los corrió,
Sin más arma que una pata
Que de la cuja arrancó.

La suerte, en aquella timba.
Se le había, pues, dado vuelta;
Pero él llapaba la banca
Con tenacidad resuelta.

Diciendo, como es sabido,
Que en el amor y en el juego,
La mujer y la fortuna
Por cisma toman apego.

Era sábado a la noche;
Y al ir a poner la banca.
No faltó quien le advirtiera
Que es noche de salamanca.

Y habiendo allá maleficio,
Según rodaba la bola,
El mandinga en la baraja
Podía meterle la cola.

Mas qué caso había de hacer.
Cuando él sabría, por supuesto,
Contra el malo y sus argucias
Tanto latín bien compuesto.

Era audaz en el relance,
Hasta ofrecer mamarán;
Pero tenía una costumbre
Que ustedes apreciarán.

Y es que cuando le iba yendo
Mal de todo en la jugada,
Solía apagarles la vela
Y alzarse con la parada.

Y como que comprendían

Su sagrado privilegio,
Nadie a tocarlo se osaba
Por temor al sacrilegio.

Pero esa noche, en la mesa,
Jugaba gente distinta:
Unos cuatro forasteros
De armas llevar por la pinta.

Por la pinta y los cuchillos
Que eran de esos cachivaches
Con hojas de media vara
Y cabos de tres remaches.

Amigos del juez de paz,
Pronto supo una vecina
Que diz que iban de elementos
A votar en Salavina.

Muchos lances y pependencias
De los mismos se contaba,
Desde las mesas de juego
Hasta las canchas de taba.

Uno de ellos a un tramposo
A quien descubrid el manejo,
Le hizo tragar a riendazos
El anillo con espejo.

Y a otro que empalmaba el naipe
Al dar corte, él, por sorpresa,
Mano y carta con la daga
Le clavó sobre la mesa.

Era ése un tal Pancho Aldaba.
Gaucho de reputación,
Que gritaba todavía
¡Viva la Federación!

Al segundo lo apodaban
El Manchao de las Higueras.
Santos Gauna era el tercero,
Y el cuarto Fermín Contreras.

Se los nombro, porque fueron
De aquellos últimos criollos
Que al más listo le volcaban
Un pial con todos los rollos.

Varones que no tuvieron,
Como se solía decir,
Ni el cuero para negocio
Ni el pecho para gemir.

El cura les conocía,
Por cierto, más de una hazaña;
Pero esa vez, azarado,
No pudo, al fin, con su maña.

Así es que a una voz de «copo»,
Sin andarse en arrumacos,
Le dio un zurdazo al candil
Y echó mano a los morlacos.

¡Habieran visto el barullo
Con que atronando el garito,
Aquellos hombres, furiosos,
Se enderezaron al grito!

Si no hubo allá una desgracia,
Fue porque ducho el tendero,
Les rodó una cuarterola
Y al medio les metió un cuero.

Con lo que escaparse pudo
El cura en la confusión,
Hasta que de la cocina
Vinieron con un tizón.

Pues aquí, señores míos,
Que sepan es menester,
Que no había en aquellos tiempos
Otro modo de encender.

Y mientras soplan la brasa,
Y remontan el pabilo,

Llega el juez, que los reduce
Conciliador y tranquilo.

Diciéndoles que él de todo
Sale garante en persona,
Y ante la ley, si es preciso,
Con los mostrencos lo abona.

Mas aunque así la trifulca
Por el momento cesara,
Fácil era colegir
Que armada, no más, quedara.

Porque hombres de tanta empresa
Y agallas tales, de juro
No se iban a conformar
Con, esa burla en lo oscuro.

El clérigo se explicaba,
Sosteniendo con vehemencia,
Que más bien había hecho aquello
Por descargo de conciencia.

Pues siendo ya medianoche
Si en la carpeta seguía,
No iba a poder celebrar,
En pecado al otro día.

Que era por demás la usura
Con que en lance desigual,
Abusando de la liga
Lo dejaban sin un real.

Y que cuando llega a haber
Demasía en el provecho,
Sabido es que lo condenan
La religión y el derecho.

Así quedaron las cosas
Y concluyó la partida.
Lo que ahora viene es mejor
Como se verá en seguida.

2

El domingo de mañana
Ya la iglesia estaba llena,
Cuando al segundo repique
Llegó el cura en hora buena.

Nadie a misa le faltaba,
Porque esa gente sencilla
Sólo alcanzaba dispensa
Para el tiempo de la trilla.

De suerte que el paisanaje
Era mucho aquel domingo,
Aseado, y cual más cual menos,
Jineteando su buen pingo.

Detrás de la sacristía,
Un caballo en la reata
Era un solo refucilo
Con el brillo de la plata.

Y daba gusto escuchar,
Al soplo del viento blando,
Tantas coscojas crujiendo,
Tantas espuelas cantando.

Allí estaban mis cuatro hombres
Aparentando pachorra.
El cura les pescó al punto
La intención de armar camorra.

Así es que cuanto los vio,
Ya los echó por delante,
Mandando que de su vista
Se apartaran al instante,

Y afirmando que, de no,
Suspendía los oficios,
Para que no los profanen
Herejes llenos de vicios.

Pero allá ese Santos Gauna
Se le alzó con malos modos,
Contestando que ellos eran
Hijos de Dios como todos.

Que no los iba a privar
Porque sí del sacramento,
Y que el arreglo de cuentas
Será para otro momento.

Alterado el cura entonces,
Casi hasta perder el tino,
Le gritó, haciéndole cruces,
«¡Te excomulgo y abomino!»

Pero el otro, sin turbarse,
Aunque era un hombre del vulgo,
Le voceó con igual tono
«¡También yo a usted lo excomulgo!»

El caso fue que los dos
Se mandaron al infierno,
Retrucándose las cruces
En nombre del Padre Eterno.

Y quién sabe adónde llegan
Si con palabras juiciosas,
El juez no logra de nuevo
Que se apacigüen las cosas.

Así, apurándose un poco
Por tapar el mal ejemplo,
Se dio el último repique
Y entraron todos al templo.

A esa hora, ante la mozada
Que les rinde su homenaje,
Pasaban las feligresas
De mejor porte y linaje.

Era de verlas llegar
A sentarse en los escaños.
Como echando espuma aquellas

Enaguas de cuatro paños.

Puro gro barriendo el piso
Puro aderezo de ley
Puro abanico de nácar
Y peineta de carey.

Y en la esquina del rebozo
Con arrogancia terciado,
La onda de pelo fragante
Sobre el ojo apasionado.

3

Acabó la misa en paz,
Y habiéndola oído también,
Casi a la cola venían
Los forasteros, recién.

Ya montaban recelosos
Como quien algo calcula,
Cuando por tras de la iglesia
Les salió el padre en su mula.

Era una parda ligera
Como el caballo mejor,
Que así suele haber algunas
Cuando y que es negro el hechor.

Iba el cura sin sotana,
De chambergo y nazarenas,
Y en la mano un arreador
De aquellos que quitan penas.

«Ahora-gritó-, caballeros,
Doy doble contra sencillo
Y sabrán qué gusto tiene
La cáscara de novillo!»

«Si derramar sangre humana
No pueden los sacerdotes,
Nos dio facultad Jesús

Para echar pillos a azotes.»

Y ahí, no más, les cayó encima,
Cruzándolos con la trenzá
Que al rigor de su castigo
Salpicaba la vergüenza.

Conque así, más encona
Que ante los peores rivales
Olvidando la ventaja
Desnudaron los puñales.

Entonces él, arrollando
La azotera a la muñeca,
Revoloteó el de kentitacu
Y les entró a leña seca.

¡Cura viejo que eras guapo!
En el primer molinete,
Se vio volar un cuchillo
Y disparar solo un flete.

Pero el Fermín con presteza
Se levantó, aunque aturdido,
Buscando al tanteo el fierro
Que ya otro le había escondido.

Y emperrado en el ataque,
Como hombre que no se arredra
De a pie se le enfrentó al cura
Y empezó a menearle piedra.

Mas el párroco, advertido,
Le metió la mula a fondo,
Y esa vez, con el encuentro,
Lo tiró al suelo, redondo.

Y a tiempo que de pasada
Vuelca la rienda al través,
Contra otro, en el mismo cruce
Tumbó el palo de revés.

Trastabilló el del apodo,

Yéndose hasta la paleta,
Y aun cuando pudo afianzarse,
Quedó, al golpe, hecho maleta.

Entonces los otros dos
Atropellaron en yunta,
Para no dar tregua ya,
Tirando de hacha y de punta.

La polvareda cegaba,
Aquello fue un frenesí;
Pero de repente al cura
Le falló su santo allí.

Pues al quite de un hachazo
Que tal vez le acertó en la hebra,
lo va el arreador, en eso,
por mitad se le quiebra.

Desarmado en aquel trance,
Sin arbitrio ni socorro,
No quedaba más salida
Que la de apretarse el gorro.

Con lo que, al toparlo aquéllos,
Se les tendió al costillar,
Y aflojándole a la parda,
Le clavó las de domar.

Mas, por pronto que anduviera
No pudo evitar el riesgo,
Pues Pancho Aldaba, de un tajo,
Le cruzó la cara al sesgo.

Sólo salvó de la muerte
Gracias a que, por el vaso,
La mula en las serranías
Más quebradas halla pasó.

Nunca a usted se le despea,
No la aplastan sol ni escarcha.
Pero es hija del rigor
Y sin espuela no marcha.

Así la parda del cura
Les echó el hilo a los dos,
Chicoteando a rabo limpio
Por esos cerros de Dios.

Y como no eran del pago
Para rastrear sin aprontes,
A poco andar el herido
Se les perdió entre los monte.

Una vieja comedida
Lo curó con eficacia;
Pero aquella cicatriz
Fue causa de su desgracia.

Porque al dejarlo lisiado,
Y en esa forma patente,
La misa tuvo el obispo
Que quitarle justamente.

Entonces, atribulado,
Se ausentó del pago el hombre.
Al verse incapaz, sin duda,
De volver por su buen nombre.

Ocultando hasta su rumbo,
Llegó a no quedar más d'él
Que su cría de guairabos
Famosa en el redondel.

Y muchos años corrieron
Y caminantes pasaron,
Pero todos los vecinos
Siempre a bien lo recordaron.

Sólo se supo, aunque en duda,
Que el capataz de un arreo
Lo halló de maestro de escuela
En Tarija, según creo.

Dicen que al fin de sus días
Volvió del Alto Perú,

Y para que en paz muriera
Lo perdonó el padre Esquiú.

LA VIUDA
(A Enrique Prins)

A Secundino Farías
De esta suerte le pasó:
Iba para Caminiaga,
Ahí la viuda le salió.

Iba para Caminiaga
En busca de una mujer
Que faltaba, según dicen,
De ese modo a su deber.

Pronto cundió quién era ella,
Mas yo callarlo prefiero,
Por no echarme en la ocasión
Renombre de noticiero.

Ningún crédito merece
Quien se alaba así de listo,
Y a veces en esas cosas
Es calumnia hasta lo visto.

Marchaba el hombre en su mula
Que había elegido por buena.
Ya iba a ser la medianoche,
Noche estrellada y serena.

En aquella soledad
Y aquel silencio profundo,
Reinaba la paz del cielo
Sobre los sueños del mundo.

Caía el frescor del sereno
Como una felicidad,
Y en la luz de las estrellas
Miraba la eternidad.

Por lo firme y lo pareja
Que era la cabalgadura,
Se conocía que el jinete
Tramaba bien su aventura.

Pues para andanzas de noche,
Y si ha de dormir afuera,
Prefiere la mula el cauto
Que sospecha de hombre o fiera.

Mas como según se sabe,
No hay mula que valga un flete.
Tal preferencia por ella
Que les explique compete.

El caballo en que uno marcha,
O cuando a sogá lo deja,
Se espanta de cualquier trapo,
Hueso, pichi o comadreja.

Pero en bufando la mula,
Debe usted ponerse atento,
Pues solamente se inquieta
Por cosas de fundamento.

Así a muchos en sus trances,
Más útil que el perro ha sido,
Y por esto la prefiere
Quien debe andar prevenido.

Bueno es también que la deje,
Sin montar no bien la ensilla.
Tiempo de que se desahogue
Rebuznando a la tropilla.

Y con esta precaución,
Y maneando la coscoja,
Irá en silencio y tranquilo
Quien la enseñanza recoja.

Era corsario el Farías,
Jugador hasta de uñate,

Y de esos que, como dicen,
No tienen cruz en el mate.

La vez pasada, no más
En un velorio hizo estrago,
Raboneándole la trenza
A la médica del pago.

Pues le daba por culpable
De la muerte de aquel deudo
Aunque no le hizo más cura
Que un fomento de pan leudo.

Ella sabe sus palabras
Para voltear la verruga.
Destapa los ojos nublos
Con la hiel de la tortuga.

Y el tabardillo pintado,
Haciendo parches ataja,
Con dos oros recortados
Del nueve de una baraja.

Pero si hasta se ha corrido
Por más que ella lo reprocha
Que baila en la salamanca
Los sábados a la noche.

La salamanca que había
Cerca del Pozo del Juancho,
Donde solía estar siempre
De centinela un carancho.

El cura la hizo tapar,
Pero yo a verla alcancé.
Era una cueva en un cerro,
Con unas lajas al pie.

Allá las brujas tenían
Con Satanás su parranda.
Cómo no ha de meter susto
La que en tales pasos anda.

Debería ser desalmado
Quien le faltase al respeto.
Por ahí colijan ustedes
La entraña de aquel sujeto.

2

A la vislumbre serena,
El camino es una cancha,
Que entre un jarillal y un cerco
Frente al jinete se ensancha.

Cuando, de golpe la mula,
Algún peligro sintiendo,
Se le planta en los garrones
Con un bufido tremendo.

Y saliendo de un atajo
Que en el carril viene a dar,
Ve una enlutada bajita
Que por delante echa a andar.

Mientras domina la mula,
Y aunque lo consigue presto.
Como a unas cuarenta varan
De distancia se le ha puesto.

Por ahí no había poblaciones
Paradero ni jagüel.
Acaso era alguna moza
Que andaba en las mismas qu'él.

¿Mas cómo, entonces, al freno,
Sola se le aparecía,
Y en su misma dirección
A caminar se atrevía?...

Ni adónde podía ir tirando,
Si era una mujer honrada,
Por esos campos desiertos
Y a medianoche pasada.

Pero a qué en líos ajenos
Se metía él sin excusa.
Lo preciso era alejarse
Cuanto antes de aquella intrusa.

Conque, arrancando al galope,
Quiso pasarla, pero ella
También más ligero anduvo
Sin salirse de la huella.

Y al apurarla otra vez,
Ya con rigor y arrogancia,
Apretó el paso de nuevo,
Conservando la distancia.

Claramente echó de ver
Que iba estorbándolo adrede,
Quién sabe con qué intenciones
Que calcularle no puede.

Y ahí notó al forzar la marcha,
Como quien no tiene miedo,
Que corría sin hacer ruido
Ni alzar polvo con el ruedo.

La cosa se ponía fea
Y hasta quizá peliaguda.
Mas, por lo mismo, el audaz
Quiso salir de la duda.

Así es que clavando espuelas,
Le intimó al punto: --¡Señora,
Párese por vida suya,
Qué anda haciendo así a deshora!

Pero aunque sangró a la mula
Y la quemó a rebencazos,
Vio que antes de írsele encima
Se dejaría hacer pedazos.

Y el bulto siguió su marcha
Sin polvareda ni bulla,
Que más parecía, señor,

Que iba volando a lo grulla.

Tuvo que hacerse Farías
A cortar por entre el monte
Por no dejar a su prenda
Chasqueada y con el apronte.

Y siendo hombre de discurso,
Y en la sierra como cabra,
Pronto, no más, encontró
Al filo del rumbo un abra.

Pero quien le dice a usted,
Que el bulto, como del suelo,
Volvió a salirle adelante...
Entonces le entró recelo.

Recién se allanó a volverse,
Teniendo que echarse atrás,
Porque con el otro mundo
La guapeza está de más.

Y en la soledad, la mula,
Gimió como una persona,
Aquel rebuzno del miedo
Que al más pintado impresiona.

Pues sólo quien lo ha sentido
Comprende que fue fatal
Que aflojase aquel valiente
Sin descrédito de tal.

3

Ahora llega lo mejor
Que se lo contó, por cierto.
La misma que lo esperaba
Y lo había dado por muerto.

Porque es cosa de no creer
Y que las potencias pasma,
Lo que sucedió en el rancho

La noche de la fantasma.

Sospechando su visita
El marido y un hermano,
Lo aguardaban tras la puerta
Con el cuchillo en la mano.

Desde el toque de oración
Hasta que aclaró del todo,
Allí estuvieron, resueltos
A ultimarlos de ese modo.

De manera que en llegando,
Hallaba el fin de sus días.
Así lo salvó la viuda
A Secundino Farías.

Dicen los que de esto saben,
Que a veces tal artificio
Puede venir de un finado
Que nos debe algún servicio.

Lo cierto es que el calavera
Pronto se llamó a sosiego,
Y hasta decían que acabó
En un convento, de lego.

El final de aquella historia,
Nadie ha de saberlo ya,
Pero tal vez yo lo indague
Cuando vuelva por allá.

LA ENTREGA (A J. B. Terán)

Día lunes seis de agosto
De mil ochocientos diez,
Sucedió el caso que quiero
Relatarles esta vez.

Óiganme con atención,
Pues se trata de una historia
Que por ser de tales días
Quizá merezca memoria.

Pasó aquello en el Chañar;
Más que su autor alevoso,
Dicen que fue del Río Seco,
Pago tan pundonoroso.

Al mejor, por contingencia,
Le toca engendrar un malo,
Que no hay taba de dos suertes
Ni naipe de un solo palo.

Y basta ya de preludios
Para el canto y el deber.
Sólo se cansa en partidas
El que no quiere correr.

1

El pueblo de San Francisco
Celebra con procesión
Aquella tarde la fiesta
De la Transfiguración.

Ya han dado vuelta a la plaza,
No falta un solo vecino,
Porque el cura es exigente
Con el servicio divino.

Y en siendo cosas de fe
Le presta auxilio el alcalde,
Hombre formal que no apaña
Gente matrera o de balde.

Así es que todos los años,
Según la ley lo faculta,
Manda cumplir con la iglesia
Bajo percibo de multa.

Y en los diezmos y primicias
Se maneja tan estricto,
Que a los deudores morosos
Suele citar por edicto.

Ya el sol trasmonta las lomas,
Y la sombra se echa al pie
Con su lenta mansedumbre
De tambera yaguané.

Desde la plaza, el altar
Se ve con su cruz al centro,
Y tanta vela encendida
Que ya hay más luz allá dentro.

La tarde enfría y se aclara,
Y el incienso, en la quietud,
Parece que echa una vara
De azucena de virtud.

2

Ladran para el Sur los perros,
Y por el modo se nota
Que ha de ser gente montada
La que así los alborota.

Pronto se acerca el tropel,
Y aparece un caballero
Con su esclavo que, adelante,
Tira de un macho carguero.

Ostentan el equipaje
Dos petacas de ribete,
Y el negro lleva en las ancas
El almofrej y un machete.

Usa el amo, a lo pueblero,
Corbatín, galera y capa
Con un broche cincelado
Que le brilla en la solapa.

Buen caballo es el que monta,
Mas se advierte en lo sumido,
Que viene a marchas forzadas
Y ya bastante rendido.

Por el porte y por las prendas
Coligen que es un magnate
Que acaso en el presbiterio
Se apeará a tomar un mate.

Pues lo cierto es que en la posta
No se ha parado a mudar,
Ni parece llevar miras
De hacer noche en el lugar.

Pero sólo pone al tranco
Su caballo, por respeto,
Y de largo al Norte sigue,
Tal vez guardando un secreto.

Porque al descubrirse entonces
Con una señal de cruz,
La angustia del infortunio
Muestra patente a la luz.

Y ya no les cabe duda
Del quebranto que lo labra,
Cuando oyen en el silencio
Religioso su palabra.

Pues al preguntarle el congo
-¿Y ahora, señor, para dónde?...
-Para el lado que prefiera
Tu caballo-le responde.

Pero aunque el alcalde advierte
Que son prófugos, tal vez
Quiere consultar primero
Con el cura y con el juez.

Mejor es no decidirse
Sin tomar buenos consejos,

Y a más en esos caballos
No van a llegar muy lejos.

3

Habrían marchado una legua
El caballero y su esclavo,
Cuando vieron que a su andanza
Ya era fuerza darle acabo.

Los animales deshechos
Ni a espuela sacaban brío,
Y ellos podían pasmarse
Con el cansancio y el frío.

Mas, para gente pueblera,
Con mal rumbo y tiempo escaso
Era por demás difícil
Hallar acomodo al raso.

En eso, por un recodo
Del camino solitario,
Vieron salir un jinete
Que iba en sentido contrario.

Era un tal Asencio Díaz,
Hombre de la vecindad,
Que al pueblo se encaminaba
Por cualquier necesidad.

En cuanto y que se toparon,
El forastero tomó
La resolución de hablarle
Sin perder tiempo en sí o no.

Y nombrándose le dijo
Con imperio y cortesía:
«Soy Victorino Rodríguez,
Teniente de asesoría;

»Sacrílegos insurgentes
Me persiguen con descaró,

Y en nombre del rey le intimo
Que me dé ayuda y reparo.

»Pero no es mi voluntad
Comprometerlo en su casa.
Porque bien sé que cualquiera
En la lengua se propasa.

»Y como que con largueza
Compensaré lo que exijo,
Le ofrezco cien pesos fuertes
Si me halla un buen escondrijo.»

Nunca había visto el paisano
De por junto tanta plata,
Ni en un arzón dos pistolas
Que empinasen más culata.

No se hizo, pues, de rogar,
Cerró el trato, y fuera de eso,
El rumboso caminante
Le dio todavía un peso.

Pidiéndole con decencia,
Que si quedaba contento,
Al regresar de la villa
Les llevase bastimento.

A trasmano les dio abrigo
Entre unas peñas y ramas,
Y hasta se ofreció a tenderles
Con buena mano las camas.

Y volvió a tomar su senda,
Con el tirador rechoncho,
Llevándose la fortuna
Dormidita bajo el poncho.

4

Mientras les acontecía
Lo que canta este romance,

Llega a la villa el piquete
Que intenta darles alcance.

Todo el mundo sale a ver
Esos lucidos varones.
El oficial que los manda
Dice que son de dragones.

Nadie, allá, conoce tropa
De regimiento porteño,
Así es que prenda por prenda
Les valoran con empeño.

Chiripá, chaqueta y boina
De bayeta azul turquí;
Cuello y puños amarillos,
Bota fuerte y cinto así.

Llevan a la cabezada,
Unos poncho, otros chalina.
Componen el armamento
Sable, lanza y carabina.

Canta, por cisma aflojada,
La nazarena sonora,
Para que sepa el peligro
Si al temblor del miedo llora.

Sobre las nucas potentes
Se ve asomar la peineta
Que la trenza por debajo
De la gorra les sujeta.

Mozos lindos que no habrá otros,
Bien montados y valientes.
Con razón ya las chinitas
Andan mostrando los dientes.

El oficial toma lenguas
Sin bajarse del caballo,
Porque a esos dos fugitivos
Les ha echado ya su fallo.

En dos palabras contesta
Al alcalde que pregunta,
Diciendo que en Buenos Aires
Ahora quien manda es la Junta.

Que el veinticinco de mayo
Depuso al virrey Cisneros,
Que los pueblos y milicias
La han acatado sinceros.

Y que de ella traen la orden
De reducir sin reatos
Al que tenga la osadía
De oponerse a sus conatos.

Sólo en Córdoba han querido
Resistirla unos audaces,
Y ellos los van persiguiendo
Como a reos consumaces.

Liniers, Concha y el obispo,
Son los de mayor calibre.
Sufrirá la última pena
Quien los oculte o los libre:

Y asimismo a los restantes
Cómplices de esa conjura,
Moreno, Allende y Rodríguez
Cuyo arresto se procura.

Diciendo esto el oficial
A su arenga pone fin,
Y ordena seguir la marcha
Con un toque de clarín.

5

Pero no bien tras las casas
De la villa se perdieron,
Con el mismo Asencio Díaz,
Que ya iba llegando, dieron.

El oficial lo paró
Y al punto lo fue indagando;
Pero aunque negó al principio,
Se mostró dudoso y blando.

Viendo que el tiempo perdía
Y que llegaba la noche,
El otro cambió en oferta
La amenaza y el reproche.

«Vea que sé compensar
Los servicios con largueza.»
Allá mostró ese avariento
Lo que puede la bajeza.

Porque no va y le responde
Con el más perverso afán:
«Si me dan cien pesos fuertes,
Lo llevaré a donde están.

»La suma, si le parece,
A ellos mismos se les saca,
Pues vi que llevan caudales,
Al abrir una petaca.»

Así los perdió aquel hombre,
El más vil que se haya visto,
Porque ni Judas vendió
Con su misma plata a Cristo.

Pero por la justa afrenta
Que a rigor le cayó encima,
Ni logró salir de pobre
Ni volvió a adquirir estima.

Todos, desde esa ocasión,
Le huyeron como a una plaga
Hasta que llegó a no hallar
Ni con quien cruzar la daga.

Y cuando fueron mayores
Sus infelices muchachos,
Prefirieron la vergüenza

De darse más bien por guachos.

Ahora han de saber ustedes
Que hubo un varón de conciencia
Que el crédito nos salvó
Con su noble consecuencia.

Fue éste el cura del Río Seco,
Que el mismo día fatal,
Se portó con el obispo
Como valiente y leal.

Pues tan bien supo ocultarlo
Con peligro de su vida,
Que sólo forzando puertas
Lo prendió allá otra partida.

Por ahí cerca, los demás,
Cayeron en otros puntos,
Pues quiso su triste suerte
Que al suplicio fuesen juntos.

Pero el resto de la historia
Con todos sus pormenores,
Ustedes que son letrados
Lo saben mejor, señores.

Al son de aquella descarga
Que despejó su camino,
Nuestros padres pronunciaron
La sentencia del Destino.

Así, del Plata a los Andes,
Se puso el sol para el rey.
--¡Alto! ¿Quién vive?-- ¡La Patria!
Ya no hay más ley que su ley.

LA VISITA

(A Rómulo Zabala)

1

Dicen que don Pepe Robles
Anda queriendo vender
Una novillada gorda
Del quinto de su mujer.

Así supo la noticia
Dada conforme las dan,
En el real de unos troperos
Don Sinforoso Galván.

Había ido allá por el cobro
De la aguada y el pastaje,
Porque dentro de su campo
Viene a quedar el paraje.

Y hombre diligente, cuida
Por mano propia la estancia,
Aunque nada cicatero
Ni avariento en la ganancia.

De modo que al otro día,
Con la fresca y en buen flete,
Salió para lo de Robles
Muy decidido y paquete.

Chapeando, arreador y espuelas
Son de plata potosina.
De marino la bombacha,
De vicuña la chalina.

Chaqueta con alamares,
Faja de seda morada,
Chambergo que echa el barbijo
Bajo la barba peinada.

A la mano, en la gurupa,
Va cebada la pistola,

Y a la falda del recado
La daga que corta sola.

El ruano es galopador,
Y no bien toma la senda,
Seguro es que el día entero
Va sobrándose en la rienda.

Aunque son seis leguas largas
Las hará, pues, de un tirón,
Mientras madura el negocio
Con pausada reflexión.

La hacienda aquella es serrana;
Pero él no ignora su clase,
Porque del pago es nativo,
Más que en el llano poblase.

Y casualmente reserva
Dos potreros en un bajo,
Donde acabó con el río
Que le dio mucho trabajo.

¡Mal haya con la ponzoña
Y el arraigo de aquel yuyo!
Si logra comprar barato,
Fleta una tropa hasta Cuyo.

Pero ¿por qué habrá dispuesto
Clara Gómez de su quinto,
Si nunca con el consorte
Pensó de modo distinto?...

Ha de ser para cubrirle
Alguna deuda de juego
A su hijo único, Pepito
Pues le tiene grande apego.

El mozo es calaverón
Y en unas timbas lo ha visto
Buscando las ocasiones
De clavarse como un Cristo.

Ahora recuerda que entonces
Se enteró en una pandorga
Que es público que don Pepe
Ya su firma no le otorga.

Parece que, por vicioso,
Perdió el crédito paterno.
Pero el corazón de madre
No se cansa de ser tierno.

Siempre la Clarita Gómez
Desde muchacha fue así.
El también le arrastró el ala,
Mas nunca pasó de allí.

Pues entre sus pretendientes
El Robles salió más lince.
Y cata ahí que la doncella
Se casó al cumplir los quince.

Al hacer estas memorias
Ahora que se encuentra viudo.
Acaso en otro codicia
Lo que aventajarle pudo.

Aunque las mellizas que a él
La finada le dejó
Son el premio merecido
Que su desvelo alcanzó.

Porque si el bien de los hijos
De todo costo resarce,
Puedo sostener que en yunta
Tiene dos perlas de engarce.

Como el tiempo pasa pronto
Y empiezan ya a oír lisonjas.
Ese invierno va a llevarlas
Al colegio de las monjas.

Gracias que no lo ha privado
La suerte con su desdén,
De darles como es debido

La educación y el sostén.

En ese punto el jinete
Sujeta un momento al ruano
Para que alivie el galope
Saliendo con la otra mano.

No lejos de allá deslinda
El campo de Santa Clara
Con su quebrachal tupido
Que a tiempo del sol repara.

No será él quien a lo gringo
Por gusto el caballo sobe.
Desde el próximo repecho
Verá el caserón de adobe.

Contento va a divisarlo
Al pie de aquel cerro verde,
Porque quien nació serrano
Jamás la querencia pierde.

Remoto alegra los montes
El grito de la charata.
En el aire adelgazado
Revive un dejo de borchata.

El hombre empina el chambergo,
Y en su arrogancia morena
Una noble simpatía,
Mirada y frente serena.

2

Ya el sol bañando esa estancia
De Santa Clara, ha tendido
Un listón de poncho bayo
Que cruza el patio barrido.

Allá espera Robles, solo,
Frente al caserón desierto.
La llegada del jinete

Que ha atisbado con acierto.

Lleva mi don Pepe un gacho
Y un terno de obra casera.
Se ve relumbrar el mate
Entre la mano y la pera.

Contra sus botas el perro
Sacudiendo el rabo estorba.
Tiene la pinta entrecana,
Ojos verdes, nariz corva.

En los cercanos poleos
Retoza un vientito blando.
Por el callejón de entrada
Ya viene Galván llegando.

De lejos lo ha conocido,
Aunque de nuevas se hará
-Amigo don Sinforoso,
¡Tanto bueno por acá!

Acude el mozo de mano.
Ladra el perro haciendo fiesta.
Pues sabido es que no ofenden
A la persona bien puesta.

El jinete, al desmontarse,
Echa una ojeada al contorno.
Todo está igual: la ramada,
El pozo, el tala y el horno.

Pero nada manifiesta,
Porque, ya sea malo o bueno,
El hombre formal no alaba
Ni curiosear lo ajeno.

Y pronto en el corredor,
Con circunspecta confianza,
Se ofrecen ambos amigos
Los cumplimientos de usanza.

-Clara está siempre animosa

Como usted sabe. El muchacho
Salió ayer por la contrata
De unos postes de quebracho.

¿Y sus niñas?-¿Las criaturas?
Ahí van. Creciendo, sí, pues.
-La rubia era Merceditas...
-No, señor, ésa es la Inés...

Una chinita pecosa
Les lleva de adentro el mate.
La dan por hija de Robles
Aun cuando éste lo recate.

Y dicen que doña Clara
La consiente a su servicio,
Tan sólo por evitarle
Que vaya y se entregue al vicio.

A ratos se oye sonar
El almirez atareado
En que majan los olores
De un adobo o de un recado.

La sombra azul de una nube
Cruza empavonando el cerro,
Y aclara en los pastizales
Una frescura de berro.

Y como hasta mediodía
El tirón es largo, a fe,
Allá mismo un churrasquito
Les sirven por tentempié.

El cortés dueño de casa
Tiene una buena ginebra
Con la que sus relaciones
De más estima celebra.

Bien venido el medio frasco
Que emparejó la patrona
Con un porrón de anisete
Que ella fabrica en persona.

Galván lleva buen tabaco
De una melguita barbecha
Donde el mejor colorado
Para su gasto cosecha.

Mas, por no ostentar en propio,
Los menesteres iguala
«El llano para el tabaco.
La sierra para la chala.»

Robles saca de la suya
Planchada como una seda.
Lentas cierne las palabras
La sentenciosa humareda.

Y es tan profundo el sosiego,
Que con seguro alborozo,
Rompe a cantar la calandria
Sobre el cabezal del pozo.

Entre razón que va y viene,
Corre toda la mañana.
Por el pilar esquinero
Se asoma la resolana.

La señora que hasta entonces
Ha esquivado su presencia,
Manda decir que si gustan
Pasen a hacer penitencia.

Van a enjuagarse las manos
Y asentarse un poco el pelo.
Cuelga la toalla de Landas
Hasta rozar con el suelo.

3

Más bruñida, como dicen,
Que una muñeca de loza,
Doña Clara está hecha un ampo
De compuesta y buena moza.

En la pieza oscurecida
Reina un frescor de jardín.
La mesa allá puesta halaga
Con apronte de festín.

La media luz acrisola
Los tejos de oro del caldo.
Poma asiento el buen amigo
En el sillón de respaldo.

Mientras pide a la señora,
Que a su derecha lo invita,
Disculpa de que haga tanto
Que no les paga visita.

--Más vale tarde que nunca...
Sonríe ella, muy oronda,
Con sus ojos siempre lindos
Y su larga trenza blonda.

Y avivándole una gracia
Juvenil cuando conversa,
Luce en la boca pulida
La dentadura tan tersa.

'Mas, ¡qué comilona, amigo!
Qué estofado y qué pasteles!
El servicio es a la antigua,
Con dos mudas de manteles.

La del postre está olorosa
Porque recién se la saca
Del armario que perfuman
Con manojitos de albahaca.

Salió, pues, largo el almuerzo,
Y el priorato fue copioso.
Hasta cerca de las cinco
La siesta exigió reposo.

Cuando quieren levantarse,
Ya otra vez en el brasero

Está zumbando la pava
Del agasajo campero.

Después de matear un rato
A la sombra de la casa,
Habla de ensillar el huésped
Porque ya el bochorno pasa.

Pero el otro le argumenta
Con amistoso reproche,
Que cuando y que anda de cha
Para marchar con la noche.

Aunque el ruano sea de aquellos
Que no precisan un chirlo,
Si no va a volver de apuro,
No tiene por qué exigirlo.

Y a menos que alguna falta
De atención se les encostre.
Dónde se ha visto convite
Acabado antes del postre.

A tanta amabilidad
Que bien por mejor se emplea,
Decide Galván quedarse
Como tal vez lo desea.

La tarde serena al mundo
Con una caricia mansa.
Ya la peonada que ha vuelto
De su trabajo, descansa.

En el corral el balido
De la majada porfía,
Y se oye una risa clara
De moza en la ranchería.

Es la hora de la merienda,
Y hasta la cena hacen boca
Con un buñuelo y un trago
Que el apetito provoca.

Así que el lucero salta
En el cielo solitario,
La señora, como es de orden,
Llama a rezar el rosario.

Patrones y jornaleros
Van a rogar por la chacra,
Pues al granar se ha apestado
Y el choclo sale con lacra.

Mientras el rezo concluyen,
Asoma la luna llena
Sobre los campos tranquilos
Con suavidad de azucena.

Parece que más piadosa,
Disipa todos los males,
Y que en su blancor la Virgen
Sale a tender los pañales.

4

Después que la cena toman,
Sacan por junto las sillas
Al patio claro y fragante
De alhelíes y maravillas.

La dueña de casa, entonces,
Acusándose de intrusa,
Manda a traerle al forastero
La guitarra, aunque él se excusa.

Asegurando a la dama
Que desde su mocedad
No ha vuelto a pulsar las cuerdas
Sino por casualidad.

Pero quién habrá olvidado
Que en los mejores bureos,
Nadie como él se floreaba
Con punteados y rasgueos.

No le aceptan, pues, disculpas
Y pronto, en la dulce calma,
El instrumento concierta
Dichas y penas del alma.

Cada cuerda corresponde
Con la expresión de su canto:
La prima para la risa,
La segunda para el llanto.

La tercera para el triunfo,
La cuarta para la suerte,
La quinta para el amor,
La sexta para la muerte.

Y el cantor las seis dedica
Según tiempos y lugares,
La prima a los regocijos,
La segunda a los pesares.

La tercera a pialar mozas,
La cuarta a sonsacar viejas,
La quinta a desfogar celos
Y la sexta a aventar quejas.

Acordándose de aquellos
Tiempos de sencillos goces,
Propone luego a la dama
Cantar un triste a dos voces.

Tono le da por el temple
Que llaman de Santos Vega,
Orillando la ramada,
La gente a escuchar se allega.

Pasan que pasan las horas,
Y en su olvidado desliz,
Sobre campo y corazones
Peina la luna feliz.

Al otro día, temprano,
Galván pide al capataz
Que le arrimen el caballo
Porque el sol va a ser voraz.

Ensillado se lo traen,
Y tan garifo que asombra,
Junto con el de don Pepe,
Que atan del tala, en la sombra.

Pero antes que el buen potrero
Del acomodo celebre,
Con perdón de ustedes, nota
Que había comido a pesebre.

Así lo agradece a Robles
Que, calmoso, el mate chupa,
Mientras de arreglar acaba
La pistola en la gurupa.

Llega en eso la chiníta
rayendo el último anís
Que por ser el del estribo
Gálván despacha en un tris.

Ya, terciando al hombro izquierdo
la chalina de vicuña,
cobre la cruz del caballo
Riendas y cabestro empuña.

Y como dándose tiempo
De asentar los cojinillos:
-Me habían dicho, amigo Robles
Que tenía unos novillos...

A estas palabras don Pepe,
Como es de la misma laya,
Regatea con desgano:
-Puede ser que algunos haya.

-¿Y costará mucho verlos?
El otro, sin contestar,
Afirma, entregando el mate:

-Yo lo voy a acompañar.

Montan juntos, y sin prisa
Toman el camino al trote.
Es allá cerca, no más,
Trasmontando aquel mogote.

Así podrá revisarlos
Antes que asiente el calor.
La hacienda estaba rodeada
Desde la tarde anterior.

EL SEÑOR DE RENCA
A Arturo Capdevila.

1

Echen pregunta y respuesta,
Y tras respuesta pregunta.
Favor que alcanzó del cielo
Renca en San Luis de la Punta.

Antes de entrar a contarlo,
Permítanme que les diga
Que la historia de ese pueblo
Con gratitud nos obliga.

Pues en la primer victoria
De nuestro gran capitán,
Corrió sangre de sus hijos
Según ustedes verán.

Fue aquella de San Lorenzo,
Donde, como saben todos,
Granaderos a caballo
Se estrenaron con los godos.

De los quince combatientes
Que ahí por la patria cayeron,

La quinta parte, y son tres,
A Renca pertenecieron.

Viva la Patria en su muerte
Y envidiemos su destino.
Sólo codicia laureles
El buen soldado argentino.

2

Relatan, pues, que hubo allá
Un ciego que, en su indigencia,
Supo buscarse la vida
Con industria y diligencia.

Era ciego de la peste
-Dios nos guarde y nos asista-
Lleva la tumba consigo
Quien muere así de la vista.

Hasta de los bandoleros
Consideración merece.
Cuantomás si su desgracia
No lo abate ni envilece.

Por no mendigar de nadie,
Ni un puñado de maíz,
Con la música ganaba
Su pan aquel infeliz.

Tocaba en las diversiones
-Carnaval, boda o bautismo-
En un violín de cardán
Que se había labrado él mismo.

Y como entre los cantores
De mejor voz se contaba,
Solían costearlo a la sierra
Hasta el pago de Luyaba.

En serenatas de amor,

Por allá dejó memoria.
Pues a usted le concertaba
Cualquiera dedicatoria.

No había más que darle el nombre
De la rubia o la morena...
¡Pero es y que era entendido
Hasta en gozos de novena!

Por esto lo preferían
Para más serios asuntos,
Como ser responsos de ánimas
Y otras honras de difuntos.

Con lo que, el dos de noviembre
Era también fácil verlo,
Dándose tiempo en Luyaba
Que ya les dije, y en Merlo.

Fue hábil para torcer cuerdas
Con la tripa de vizcacha
Que resistía los temples
Hasta el grosor de una hilacha,

Y para yapar el arco,
Por ahí lo encontraban solo.
Buscando en los matorrales
Cerditas como el chingolo.

O entre las molles y breas,
Que suplían su escasez,
Con la resina que manan
Y a él le servía de pez.

Acaso quien esto ignore
Lo tomará por idea.
El ciego ve con las manos
Y con la frente rumbea.

Por eso anda precavido,
Midiendo a bastón los trancos
Levantada la cabeza,
Remotos los ojos blancos.

Nadie su amparo le niega
Sin esperar que lo pida.
La buena acción es por dada,
Mejor que por recibida.

Pues -dijera el cura Roque,
Capaz como no hubo dos-
La mano del pordiosero
Nos trae la gracia de Dios.

Así, allá, ese desvalido
Iba pasando sus días.
Todos le hacían lugar
En sus penas y alegrías.

3

Pero el año de esta historia
Fue año de calamidad,
Pues con rigor castigaron
La seca y la mortandad.

Llegó muy crudo el invierno
Para la gente paisana,
Mucho sufrió el pobrerío
Con la carencia de lana.

Se apestaron las ovejas,
Y cundió tanto el azote,
Que con pelo de jumento
Debió terciarse el picote.

Hubo que entrar a cuerear.
Luego; no más, el vacuno.
La gente, como en Cuaresma,
Se lo pasaba de ayuno.

Los vecinos más pudientes
No estaban para jolgorios.
Se acabaron funerales,
Serenatas y casorios.

Esos no se descuidaron
En guardar hasta la chala.
No busque recurso en ellos
Quien llegue a verse en la mala.

Pues socorro de tacaño,
Según el refrán sabido,
Es como mate de vieja:
Dos chupadas y un ronquido.

No pudo ese año cobrarse
Diezmos, primicias ni arriendo.
Hasta las más copetudas
Se agacharon al remiendo.

Cada cual fue reservando
Potrero, despensa y troja.
Mas, siempre, animoso el ciego,
No lo agobió la congoja.

De hachero se largó al monte
Y causándoles asombro,
Cada tarde regresaba
Su carga de leña al hombro.

De puerta en puerta la ofrece,
Con una copla de yapa.
Si en la cocina lo albergan,
El prende el fuego y lo tapa.

Mas en el monte precisa
Quien pueda prestarle ayuda,
Y a real por mes tiene un chico
Que le conchaba una viuda.

También le enseña a rezar.
Esto es parte del salario,
Y a más le da el buen ejemplo
Que al hombre le es necesario.

De ese modo lleva guía
Para no errar en lo espeso,

O acabar cerrando el corte
Cuando hachea un tronco grueso.

No requiere dirección
Sino en el primer hachazo,
Después se basta, certero,
Con la fuerza de su brazo.

Y a fe que la necesita
Porque es duro ese trajín.
La puntada de costado
Con muchos allá da fin.

Otros mueren de aneurisma.
A otros les llaga el quebracho.
Así acaba por hundirse
Sin remedio el más fortacho.

Sólo al dolor de cintura
Me han dicho que uno lo ataja
Con una cola de puma
Que a raíz de carnes se faja.

También usan el emplasto
De rojas fritas de chamico.
Por ahí colijan la suerte
De aquel lisiado y su chico.

Para mejor las vecinas
Le piden en la ocasión
Leña durable que deje
Poca ceniza v carbón.

Pero por más que se afane
Y apenas coma ni duerma,
Los árboles va raleando
De mancha en mancha la merma.

No quedan, a poco andar,
Sino broza y monte blando.
Hay que entrar siempre más lejos,
Y el día se va acortando.

Tapados por las tinieblas,
Para creerse más seguros
Rezando el rosario vuelven
Por los caminos oscuros.

Con el hambre y el cansancio
Más les asienta la escarcha.
Pone la carga de leña
Dolor de cruz en la marcha.

Y sobre ese triste ciego
Y esa pobre criatura,
Parece que las estrellas
Lloran tanta desventura.

Hasta que al fin una vez
En la marcha solitaria,
Sólo quedó un espinillo
De dureza extraordinaria.

Aunque le buscó la horqueta,
Aprovechando que es bajo,
Sin suceso se malgastan
Su baquía y su trabajo.

Ya el sol empieza a ladear,
Y apenas le ha hecho una muesca
Su cintura es un calambre,
Su garganta es una yesca.

Para él podrá ser castigo,
Mas, cómo el cielo consiente
Que sin culpa ni malicia
Padezca aquel inocente.

Allá comparte sus penas
Hecho un ovillo en el suelo,
Y a ratos llorar lo siente
Sin encontrarle consuelo.

Entonces, a Dios rogando,
Le pide que por la cruz,
Tras la nube de sus ojos

Haga en su conciencia luz.

Marcará con cinco hachazos
El término de su empresa.
Serán por las cinco llagas
A la facción de promesa.

Si no puede así alcanzar
El corazón de aquel leño,
Sabrá que la Providencia
Le manda cesar su empeño.

Tendrá que salir del pago
Para irse quién sabe dónde.
A sus fervorosos ruegos
Ninguna señal responde.

En la inmensa soledad
Insensible a todo aquello,
Sólo se oyen los hachazos
Y el quejido del resuello.

El árbol, siempre más duro,
Sigue resistiendo en pie.
Juntamente con su fuerza
va agotándose su fe.

Cuando, al rajarlo el hachazo
Que por último le aplica,
Salta un goterón de sangre
Que los ojos le salpica.

Y al calor como de fuego
Que por sus pupilas sube,
Vuelve a ver la luz de Dios
Y se disipa la nube.

Allá de rodillas cae
Medio loco de contento,
Deslumbrado todavía
Más que del sol, del portento.

Entra la causa a buscar,

Y maravillado ha visto
Que en la misma cortadura
Tallado aparece un Cristo.

Es el del Descendimiento,
Ya de la cruz desclavado,
Con su corona de espinas
Y su lanzada al costado.

Dentro de aquel tronco añoso
-Todo estriba en que Dios quiera-
Lo iría, sin duda, formando
La entraña de la madera.

Y habrán de creerme esos sabios
Mas que su copete abajen,
Pues los vecinos llevaron
Tal cual, al pueblo, la imagen.

Desde entonces, en la iglesia
Venerada con fervor,
La dan por muy milagrosa,
Pero ir a verla es mejor.

Allá el hecho está patente,
Porque todo se conserva.
Conocí a uno que del árbol
Sacó una astilla en reserva.

Se había hecho un escápala
Con aquel sagrado resto.
Ahora todo está en un nicho,
Sin duda será por esto.

Es de ver, para la fiesta.
La gente acampada al raso
Van fieles de todo Cuyo
Y hasta porteños, de paso.

Inmensa es la luminaria
Con que ofrecen por rescate
Su candil de penca, el pobre,
Su hermoso cirio el magnate.

En vestimenta y apero,
Nadie su haber escatima.
Y solteras y casadas
Se echan el armario encima.

Cae la fiesta el tres de mayo,
Y eso fue lo que yo vi,
Una vez que en mis andanzas,
Llegué a pasar por allí.

EL CACIQUE ZARCO
(A Juan P. Ramos)

1

Sobre la plaza del pueblo
Donde hay, mañana, elecciones,
Acampan treinta fuerteros
Que llegaron de Abipones.

Desde ese fortín remoto,
Previendo alguna sorpresa,
Los ha mandado el Gobierno
Como guardia de la mesa.

Pues la oposición no afloja,
Y si la ley se conculca,
La función de los comicios
Ha de acabar en trifulca.

Así, las pobres mujeres,
Esos días de sufragio,
Como en las tormentas bravas
Pasan rezando el trisagio.

¡Habrás prendido velas
Entonces a Santa Rita!

Por eso la libertad
Buena guardia necesita.

Bozal y freno a la mano,
Fusiles en pabellón
Mateando están los fuerteros
Alrededor del fogón.

Son hombres de buena planta,
Aunque muy pobre vestuario,
Pues sabido es que para ellos
Siempre escasea el erario.

Ni el quepí los más conservan,
Y entre los andrajos rudos,
Garabatea el reflejo
Sobre los pechos velludos.

En el lío de los bastos,
Que sirven de asiento y cama,
No hay más que la jerga vieja
Y algún cuerito de gama.

Con esas calchas y aperos
Dan grima a cuantos los ven.
Si no fuera por las barbas,
Parecen indios también.

Que en la vida del desierto
Ningún cristiano se libra
De hacerse medio salvaje
Por tenaz que sea su fibra.

Con que, hasta la caballada
Que de servicio traen pronta,
Es de pelo pangaré
Como la que el indio monta.

Todo el guasquerío es pampa
Según allá se acostumbra.
Las bayonetas cruzadas
Son lo único que relumbra.

Siempre andan mal los haberes,
Y hay pagadores ladinos
Que aparentando justeza
Les embrollan los cominos.

Como es y que van de apuro,
No cabe queja ni aparte;
Y con sus fajos de a peso
Le corren a uno el descarte.

Pues a cada hombre le exigen
Que vaya contando él mismo:
«Decí uno, decí dos»,
Y en eso está el embolismo.

Que desde los cinco justos,
Empieza la trapisonda
Con que, por mitad del sueldo,
Sacan la suma redonda.

Decí cinco, dieciséis,
Diecisiete, dieciocho,
Diecinueve, decí veinte...
ya está horneado el bizcocho.

Mas eso no los contrista
Ni el buen humor les rebaja,
Mientras les queden tabaco,
Yerba, guitarra y baraja.

Entre boleada y malón,
Va usted desechando penas.
Y así, para no entumirse,
Sobra en qué estirar las venas.

El encanto del peligro,
Apega al suelo más pobre.
Para aquerenciar a un pago,
No hay como el agua salobre.

Anda entre esos veteranos
Un rengo que hizo muleta
Con un palo de chañar,

Calzando el brazo en la horqueta

Relevado por tal causa,
Mas contento con su suerte
Determinó de quedarse
Como rancharo del fuerte.

Cuatro asados ha tendido:
Tres de vaca, uno de potro
Que será el de preferencia
Para él mismo y algún otro.

Dicen que cuando muchacho
En los toldos fue cautivo.
La costumbre de esa carne
Tendría en ello el motivo.

(Si es gorda, y estando oreada,
Yo también con ella me hago.
Mas, tiene un gusto a sandía
Que pronto causa empalago.)

El hombre pinta ya en canas
Y es paisano de respeto
Por lo firme, lo callado,
Lo valiente y lo discreto.

Todos sus consejos buscan,
Pues aunque de poca labia,
El es como los antiguos,
Gente tan justa y tan sabia.

Esa noche está de vena,
Así es que, de cuando en cuando,
Parece que del rescoldo
Va sus recuerdos sacando.

Tiempos duros esos de antes
Para el hombre y la mujer.
A algunos de aquellos bravos
Los alcanzó a conocer.

Un tal Celedonio Vera,

Lancero de tanta garra,
Que se alzaba un indio en peso
Como un charqui con la moharra.

La viuda Griselda Báez,
Famosa en la tercerola,
Que tenía estancia con foso
Y la defendía sola.

Y aquel alférez Meriles,
Hombre de tan buena mano,
Que nunca se le escapaba
Ni el salvaje más liviano.

Pues, en apareando al chino,
Por bien montado que fuera,
Degollaba de a caballo
Sin moderar la carrera.

Entonces le piden todos
Que de yapa les relate
Algo del cacique zarco
Tan famoso en el combate.

Un indio de ojos azules,
Tendrá su historia dejuro,
Y además nunca ha habido otro
Que nos ponga en tanto apuro.

Pues parece que las tribus,
Hasta cerca de Bermejo,
Bajo su lanza maniobran,
Acatando su consejo.

Cada malón que les pega,
Acaba hasta con el pasto.
Usa poncho militar
Y lleva chapeado el basto.

Ostenta espuelas lujosas
-Seguro que son robadas-
Y le cruzan los carrillos
Cuatro barras coloradas.

Un galón de oro por vincha
Ciñe su clip de bagual
Y en las orejas le cimbran
Aros del mismo metal.

En topándose con él,
Todos los guapos son flojos,
Porque se dice que es brujo
Y hace daño con los ojos.

Y cuando atropella al grito,
Se agranda como un gigante,
Con aquella lanza negra
Que echa todo por delante.

Entonces y que se ve,
Bajar el poncho que bolea,
El collar de uñas de tigre
Que en tres sartas alardea.

Porque no lleva debajo
Más que esa prenda y un cinto
También de cuero de fiera
Con que se marca su instinto,

Luego que así se despachan,
El cojo, después de hurgar
La ceniza con su palo,
La historia empezó a contar.

3

Sucede que en una entrada
Que hasta los toldos llevó,
El coronel Fausto Urquijo
Con mucha chusma volvió.

Para cristianarla pronto,
Y al trabajo, como es de uso,
En poder de los vecinos
Principales se la puso.

El mismo jefe, por cierto,
Sin buscarse beneficio,
Apartó una mocetona
Para su propio servicio.

Pues tenía su buen pasar,
Sin embrollos ni rapiñas.
La cautiva colocó
De mucama de las niñas.

Todavía no les he dicho,
Por más que acaso no importe,
Que era el jefe nacional
De la frontera del Norte.

Duro, eso sí, en su escarmiento.
Le achacaban, dando fe,
La matanza del Tostado
Que algún día les contaré.

Tan sólo quiero que sepan,
Que a la fin de aquel asunto,
Se despachó seis caciques
Y cuarenta indios por junto.

Lindo hombre, pelo dorado.
Alto, facciones airosas.
Decían que por la mirada
Se parecía con Rasas.

Siempre listo y bien montado.
No hubo quien no le envidiase
Su pareja de tordillos
Por la presencia y la clase.

La verdad que esos dos fletes
Eran algo superior,
Y enseñados a seguise
Sin requerir maneador.

Y como de resercados
Los mantenía prolijo,

Cuando enfrenaba uno de ellos
Había entrevero, de fijo.

Entonces, dando coraje
Al que más collón se aterra,
En esos ojos overos
Refusilaba la guerra.

Ah, varón!, si era de verlo
Cuando ya a fondo se larga.
Partida la barba rubia
Por el viento de la carga.

Y al tufo de la pelea,
Con la saña arrebatado,
Se le abrían las narices
Como a padrillo encelado.

Yo entonces cautivo estaba
En los toldos del infiel,
Pero lo supe por otros
Que habían servido con él.

Ahora, volviendo a la huella,
Les diré que al año escaso,
Vino y salió embarazada
La cautiva de mi caso.

No hizo aspavientos el jefe,
Ni entró a indagar la avería
Que, perdonando el mal juicio,
Tal vez de él mismo sería.

Con más que no hay quien al indio,
En cosas de amor o robo,
Ni a rigor ni por las buenas
Logre ablandarle el retobo.

Así fue pasando el tiempo,
Hasta que, según les toca,
Andan ellas, como dicen,
Con la barriga a la boca.

Una noche de tormenta,
Entre la lluvia y los truenos,
Les pareció que salía,
Mas sin echarla de menos.

Coligiendo de sus mañas
Y costumbres conocidas,
Que andaría por alumbrar
Como en el monte, a escondidas.
Pero, desde madrugada,
El pueblo formó corrillos.
La maldita se había alzado
Con la yunta de tordillos?

Allí fue salir los chasques,
Baquianos y rastreadores.
Cien patacones de premio
Puso el coronel, señores.

Pero no hubo entre los tales
Quien pescara los morlacos,
Aunque algunos se arriesgaron
Muy adentro en los dos Chacos.

Nunca se supo más de ella
Y menos se sabría ya,
Si este servidor de ustedes
No hubiese *vivido* allá.

4

¿Quién puede llamarle vida
A tan triste cautiverio!
El trato de los salvajes
Es el rigor y el imperio.

Yo en sus manos me encontraba,
Desde que una vez que entraron
El rancho nos destruyeron
Y a la familia ultimaron.

Figúrense mi existencia,

Huérfano allá, y sin consuelo.
A mí me habían perdonado
Sólo porque era chicuelo.

Pues el indio mucho estima
Al cautivo que aquerencia
Y al mestizo de cristiano,
Según juiciosa experiencia.

Al mestizo por valiente,
Y al cautivo por capaz.
Uno para la pelea
Y otro para lenguaraz.

A esto, pues, me destinaban,
Dejándome andar entre ellos.
Y hasta cuando había carneada,
Que ayudase en los lesuellos.

Porque al cautivo no admiten
Que se arme ni de una astilla.
Y a mí mismo, por la noche,
e quitaban la cuchilla.

Con el tiempo, y aunque siempre
Mal visto yo por ser blanco,
Les entendía ya la lengua
Y en recursos no era manco.

Había aprendido a pintarme
Como ellos, con grana y tizne,
Y a bailarles emplumado
Con unos cueros de cisne.

Así me los fui ganando;
Me mandaban ya a la pesca,
O a juntarles en el monte
Los hongos con que hacen yesca.

Supe agraciarme de un loro,
Y no creerán lo que digo,
Con tal de tener alguno
Que me hablase como amigo.

Fue entonces cuando la moza
Que se escapó tan resuelta,
Con la yunta de tordillos
Cayó a los toldos de vuelta.

No hubo allí placer ni asombro,
Y eso que era la sobrina
Del cacique, o cosa así,
Según me dijo otra china.

Antes matarla quisieron,
Porque venía con mancha,
Y de chuzas la cercaron
En el medio de una cancha.

Pero ella se defendió,
Logrando el perdón a plazo,
Luego que supo a explicarles
La causa de su embarazo.

Que al cristiano aborreciendo,
Sacó fuerzas de flaqueza
Para ceder a su avance
Sin quebrantar su firmeza.

Pues lo hizo como debía
La que en trance igual se encuentra
Para traerles buena cría
Con el fruto de su vientre.

Que esperasen hasta el parto
Sin matarla, como es justo.
Que lindo había de salir
Por ser de padre robusto.

Si era chinita, ella misma
La ahorcaría por su mano;
Mas si era varón les daba
Noble sangre de cristiano.

Turbados o convencidos,
Se apaciguaron con eso.

Encerrándola en un toldo
Para aguardar el suceso.

Salió machito, y lo criaron
Conforme a sus pareceres,
Mamando hasta los tres años
En otras tantas mujeres.

Ellos sabrían de quién era
Para darle esa crianza;
Pues aunque yo lo sospecho,
Mi certeza hasta ahí no alcanza.

Ese fue el cacique zarco.
Mas basta por esta vez,
Quien mucho habla y monta en yegua,
Diz que nunca llega a juez.

EL TIGRE CAPIANGO

(A Benito Nazar Anchorena)

1

En Taco-Yaco, esa estancia
Que de mis mayores fue,
Se oyó relatar la historia
Que a ustedes les contaré.

Aunque ya hace muchos años
Parece que ayer lo he visto.
El capataz, por entonces,
Era Tolosa, ño Sixto.

El también ha de acordarse
-Cómo no se va acordar
Si Dios lo tiene con vida
Según me es grato esperar.

Mas si acaso él no pudiera

Justificar lo que digo,
Donde se halle Juan Lescano
Me servirá de testigo.

¡Cristiano empeñoso aquél
Para correr avestruces!
Que hasta los hombres más guapos
Al verlo se hacían cruces.

Pues nunca lo acobardaron
Cuevas, troncos ni pajales.
Para él todo el campo es abra,
Sin respetar andurriales.

Otro que arriesgara así
Descalabrarse por gusto,
Sólo sé de don Blas Vocos,
El boleador de San Justo.

Siempre recuerdo una vez
Que lo vi entrar en un moro...
Pero a todo esto es el caso
Que sin razón me demoro.

Para caer de nuevo al rastro,
Y a más de los que ya van,
Pondré a Audifacio Cabrera
Y a Federico Galán.

Y remataré la lista,
Para no pecar de pródigo,
Con ño Froilán Montenegro,
Que sabía citar el código.

Era el tiempo de las hierras;
Y no asentando el rocío,
En la minga de la fruta
Se ocupaba el mujerío.

Así, a la luna fresquita
De aquella noche de marzo,
Beneficiaban las pasas
Y orejones para el zarzo.

Y sentadas al contorno
De capachos y bateas,
Con mate y cuento buscaban
Diversión en sus tareas.

Más de uno, para ayudarlas,
Acudía desde el fogón.
Ahí se armaban los noviazgos
Con licencia del patrón.

Así casaron, me acuerdo,
La Laurencia y la Pastora.
¡Pobres chinitas de casa,
Por dónde andarán ahora!

Sólo de una se ha sabido,
Que al decir de unas mujeres,
Contrajo segundas nupcias
Con un gringo rico, en Ceres.

Me alegraré que el Destino
Siga prestándole ayuda,
Y que se encuentre feliz
Con su extranjero la viuda.

2

Como les iba diciendo,
La noche que hago memoria,
Fue ño Cirilo Ramírez
Quien nos refirió la historia.

Aunque andaba, según creo,
Pisando ya los setenta,
Era de presencia airosa
Y aventurero de cuenta.

Usaba un chambergo hechizo
De esos que a estilo casero
Con lana negra moldeaban
En la boca del mortero.

Y en fierro bruto forjadas
Ostentaba unas espuelas
Con rodaja de diez puntas
I tamañas arandelas.

El mismo le había labrado
Un cabo de asta de chivo
A su puñal, que llamaba
"El Poder Ejecutivo".

Pues era hombre habilidoso,
Como todo gaucho de antes,
En cualquier labor de campo
Que piensen los circunstantes.

Y aunque viejo, se mostraba
-No lo digo por lisonja-
Capaz de sacarle el tiento
Punta a punta a cualquier lonja.

Por congraciarse las niñas,
Daba a veces el barato
De escobillar con espuelas
El marote y hasta el gato.

Porque fue en sus mocedades
Tan ducho para las danzas.
Que competía en los rnalambos
Con veinticinco mudanzas.

Valía la pena de verlo,
Más que no tuviese un cobre,
Siempre lleno de arrogancia
Bajo el ponchito de pobre.

Y sobre el pecho asentada,
De larga y poblada qu'era,
Como la cola del peine
Le iba blanqueando la pera.

Para que no se le fuese
A enredar, según colijo,

De fantástico solía
Manearla con el barbijo.

Era de los que guardaban
La chala, haciendo copete,
Dentro las botas colgadas
Del horcón del mojinete.

Cargaba chuspa teñida
De azafrán, para el tabaco.
Y el yesquero se lo había hecho
De una cola de mataco.

Sabía también sus recetas
De palabra y de ingrediente.
El vicio de la bebida
Le quitó así a mucha gente:

Dando una cuarta, en ayunas,
De los dos vinos batidos
Con tres huevos de lechuza
Todos de distintos nidos.

Ahora préstenme atención,
Si no los cansó el preludio.
Quizás esto hasta a los sabios
Pueda servirles de estudio.

3

Hace tiempo que habitaban
La sierra del Cardonal,
Juan y Andrés Peralta, hermanos
Por el vínculo legal.

Trabajaban de meleros,
Lo cual comprender se deja,
Porque en esas espesuras
Había entonces mucha abeja.

Era de aquella chiquita,
Que además no tenía flecha,

Y en los huecos del cardón
Acopiaba su cosecha.

Tan diligente y guardosa,
Que en pintando el año bueno,
Hubo colmena que dio
Sólo en miel un odre lleno.

Con lo blando de la penca,
Juego y no afán era el corte.
Cualquier negocio pagaba
Por la cera un buen importe.

Y en ella estaba el provecho;
Pues los actos religiosos,
De mayordomos tenían
A los vecinos rumbosos.

Así es que para las fiestas
Del Rosario y Candelaria,
Hasta más de dos arrobas
Consumía la luminaria.

Ahora, quien pudiese al Valle
Fletarla de preferencia,
Volvía de esa Catamarca
Platudo y con la indulgencia.

Pero era amarga esa vida,
Aunque abundase la miel,
Con tantos tigres y tanta
Víbora de cascabel.

Tenían que largarse solos
Y a pie por aquellos cerros,
Pues el daño habría acabado
Con caballos y con perros.

En el corazón del monte,
Sudando de sol a sol,
Acampaban por tres meses
Bajo un toldo de simbol.

Como hombres baquianos que eran
Para dormir en sosiego,
No dejaban de rodearlo
Todas las noches con fuego.

Y al separarse de día,
Bajo el silencio infinito,
De rato en rato se daban
Distancia y rumbo en el grito.

Cazándolos con industria,
Chanchos del monte comían,
Y de odres para la miel
Con los cueros se surtían.

Al rosillo acostumbraban
En la cueva darle humazo;
Y chuzo limpio al maján,
Que es un marrano picazo.

Mas hay que saber guardarse
Cuando se empaca el rosillo
Y empieza a hacer castañetas
Al afilar el colmillo.

Que a pie o montados se encuentren,
Vean bien lo que les detallo,
Pues siempre tira a capar
O desjarreta el caballo.

4

Así en el monte meleaban
Haría ya como un mes,
Cuando empezó Juan Peralta
A desconfiarle al Andrés.

Pues casi nada comía,
Sin enflaquecer por eso,
Antes bien se iba mostrando
Más floreciente y más grueso.

Todo el día bostezaba
Como si durmiera poco,
Y amanecía encandilado
Con unos ojos de loco.

Le notaba con recelo,
Por más que fuesen hermanos,
Vestigios de sangre seca
En las uñas de las manos.

Y una ocasión que sesteaban,
De reajo le alcanzó a ver
Un costillar lastimado
Que al punto logró esconder.

Al ofrecerle su auxilio,
Le respondió de mal modo,
Sin escuchar reflexiones
Y negando herida y todo.

Hasta que al fin una noche
Le pareció que entre sueños
Lo sentía andar en lo oscuro
No sé en qué trances o empeños.

Y al despertarse alarmado,
Por ser contra su costumbre,
Escabullirse en el monte
Lo divisó a la vislumbre.

Pero se animó a seguirlo,
Bien que de lejos y oculto,
El lienzo de la camisa
Le iba señalando el bulto.

Pues aunque ya está menguando
La luna en el horizonte,
Algo alumbra todavía
Lo tenebroso del monte.

Llegan así a un descampado,
Y lo ve que, en su desvelo,
Saca de un tronco y extiende

Como una manta en el suelo.

Ahí empieza a revolcarse
Desnudo sobre esa manta,
Y de repente-¡cruz diablo!
Hecho tigre se levanta.

Desentumió los tendones,
Pegando un bramido ronco,
Y las uñas afiló
Arañando el mismo tronco.

Figúrense la sorpresa
Que al pobre Juan le produjo
Saber de aquella manera
Que tenía un hermano brujo.

De temor que, ya cambiado,
Le desconociese allí,
Se mantuvo en las tinieblas
Quedito y fuera de sí.

Porque bien sabemos todos,
Habiendo va tanta prueba,
Que el hombre-tigre en su saña,
En carne humana se ceba.

Suerte fue que a contraviento
Se encontrara su escondite;
Pues sin esto, acaso el otro
Con él hace su convite.

Recién cuando entre los montes
Se internó bramando lejos,
Fue por un tizón que el sitio
Clareara con sus reflejos.

Y hallando un cuero de tigre
En el paraje de que hablo,
Comprendió que en él estaba
La picardía del diablo.

Con un gancho lo arrastró,

Por no tocarlo, hasta el toldo,
Y encomendándose a Dios
Lo enterró bajo el rescoldo.

Aquí advertirles conviene,
Que al tigre de ese linaje,
Aparte de la fogata
No hay defensa que lo ataje.

Mas, tres señas lo descubren,
Que mentar es oportuno,
Para que por tal lo saquen
Si se encuentran con alguno.

Tiene la frente pelada,
Un poco más corto el rabo.
Y al revés volcado el pelo
Sin causarle menoscabo.

De esta suerte, si lo apuran,
Se achata escondiendo el vientre,
A contrapelo se encrespa
Y ya no hay bala que le entre.

Entonces, mientras el perro
U otro cazador le amaga,
Usted se le corre atrás
Echando mano a la daga.

Que ganándole la cola,
Su fin ya es cosa resuelta,
Pues no tiene coyunturas
Para dar la media vuelta.

Y obligado a levantarse,
Le entra el cuchillo a la fija.
Todo ser de cuatro patas
Es mortal por la verija.

Si alguno cree que estas cosas
Son pura labia o caprichos,
Piense que no tiene acabo
La malicia de los bichos.

No más que con la mirada
Caza la ampalagua al zorro,
Y es de oírlo gritar a Juancho
Como pidiendo socorro.

Mata a la víbora el sapo
Rodeándola con la baba;
Que a golpes, cuando despierta
De asco ella misma se acaba.

Aunque es blanca la gaviota,
Si en zambullirse anda lista,
Por más clara que esté el agua
No le pierde a usted de vista.

Y entre tantos acomodados
Y cualidades secretas,
Han de saber que la nutria
Tiene en el lomo las tetas.

5

Cuando quería amanecer,
Regresó el brujo a las casas,
Iba volando de fiebre
Con el calor de las brasas.

Pues se quemaba en el cuero
Su propia naturaleza;
Así es que ya había perdido
El pelo de la cabeza.

Cayó en la puerta del rancho
Rendido al mal que lo postra.
Diz que el empacho de sangre
En los labios le hacía costra.

Entra a suplicar, entonces,
Sabiéndose descubierto:
«Déme una sed de agua, hermano,
Pues de no, soy hombre muerto.

«Y procure traerme al punto,
Para aliviar mi pecado,
Ni más que sea una garrita
Del cuero que me ha quemado.»

Condolido el otro al ver
Que sin remedio agoniza;
Le alcanza agua y con un palo
Va a revolver la ceniza.

Hallando un pedazo entero,
Se lo lleva sin tardanza.
El enfermo, reanimado,
Sobre aquello se abalanza.

Y revolcándose encima,
Tigre otra vez se volvió,
Y con el cuero en los dientes
De nuevo el monte ganó.

Nunca se supo más d'él,
Por cierto en figura de hombre,
Pero mucha sangre humana
Siguió manchando su nombre.

Ahora han de saber que al brujo
Que causa tales estragos,
Tigre Capiango le llaman
Muy justamente en los pagos.

Porque es y que esta palabra
Dan como el nombre más vil
A los ladrones malvados
En la lengua del Brasil.

Y en la historia se halla escrito,
Y a mi favor ello aboga,
Que cuatrocientos capiingos
Tuvo Facundo Quiroga.

Formaban dos regimientos
Que de sangre hacían derroche.

De día como soldados
Y como fieras de noche.

De eso a él mismo le vendría
Su apodo por el estilo.
Así dijo y concluyó
Su relato ño Cirilo.

Mas, para que vean ustedes
Que en esto no todo es charla,
Como ahí no paró la cosa,
Voy hasta el fin a contarla.

Pues a eso de medianoche
-Más que mi verdad peligre-
En la estancia despertamos
Oyendo bramar al tigre.

Por allá nunca los hubo
Ni de esa ni de otra laya,
Pero el hecho es que ahí cerquita,
Sí, señor, bramó en la playa.

Roncaba al ras de la tierra
Como cuando va de largo
Sin ponderación les digo
Que ese momento fue amargo.

Con el rabo entre las piernas,
Se acoquinó la perrada;
Y por refugio, hasta el patio
Se nos vino la majada.

No pudo ya quedar duda
De que la cosa era cierta;
Conque, el resto de la noche,
Pasó la gente despierta.

Pero lo raro es, y tanto
Que ya casi no lo creo,
Que no se halló rastro alguno
Ni hubo merma en el rodeo.

Aunque la playa era limpia,
Y tan blando el polvo en ella,
Que ni los teros dejaban
De estampar allí su huella.

Después de oído decir
Que es malo nombrar el daño,
Porque puede presentarse
Con certidumbre o engaño.

Y hasta que alguno lo explique,
Pues no tengo esa virtud,
Que se conserven deseo
Con alegría y salud.

FIN DE LOS «ROMANCES DEL RÍO SECO»

Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008